

EL SEPULTURERO

DEL CEMENTERIO DE SAN NICOLAS,

Drama en cuatro actos y un prólogo, dividido en dos cuadros, por DON LUIS MEJIA Y ESCASSY, *representado por primera vez por muchas noches consecutivas en Cádiz, con extraordinario éxito, y con el mismo en otros teatros de Andalucía, en el mes de Octubre de* 1866.

A mi querido padre en prueba de cariño.
LUIS MEJIAS Y ESCASSY.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA	Doña Matilde Martinez.
ELISA	Doña Eloisa Rico.
ROQUE	D. Francisco Galvan.
ENRIQUE	D. Enrique Martinez.
EL PADRE MIGUEL	D. José Córte.
BENJAMIN	D. Antonio Muñoz.
EL MARQUÉS	D. Sebastian Vechio.
TOMÁS	D. Domingo Ruiz.
EL CORREGIDOR	D. Antonio Jimenez.
JOSÉ	D. Salustiano Muñoz.

Esclavos negros, marineros y alguaciles.

La accion se supone en Madrid durante el prólogo y los actos tercero y cuarto, y en San Salvador (Guatemala) los actos primero y segundo.

Epoca del prólogo .... 1802.
id. del drama .... 1816.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

Sala de despacho. Puertas laterales. Una secreta á la izquierda en segundo término. Mesa de escritorio á la derecha; velador y butaca á la izquierda. Muebles sencillos, pero de buen gusto. Al levantarse el telon aparece el Marqués sentado junto á la mesa de despacho. Manifiesta estar pensativo y recorre á intérvalos, pero con avidez, los renglones de una carta.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Sí! No cabe duda... Hoy llegará á Madrid... así lo dice en su última carta... y su llegada e[illegible] í, para mi familia, la desesperacion y... muerte. Quinientos mil reales! Oh! Realiza[illegible] mis bienes, apenas podré reunir esa cantidad... y es preciso entregársela... Hoy llegará, y mañana... todo habrá desaparecido para mí. Entre tanto Amalia se morirá, porque Amalia no podrá soportar la miseria; y mi hija quedará huérfana de una madre cariñosa, y sometida á sufrir los infortunios de su desgraciado padre! (*Hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa y aparece José.*)

ESCENA II.

EL MARQUÉS *y* JOSÉ.

MAR. Acércate, mi buen José. Cómo ha pasado la noche?

JOSÉ. En un contínuo delirio; presa de una voraz calentura. Por la mañana se ha tranquilizado un poco; ha vuelto á llamarme y á insistir en que haga venir al padre Miguel, su confesor.

MAR. Y le has avisado?

JOSÉ. Señor, no queriendo interrumpir vuestro reposo para consultaros lo que debia hacer, he creido lo mas conveniente el llamarle, para no perder tiempo. A su llegada podreis disponer lo que os parezca mas acertado.

MAR. Has hecho bien, José. Gracias por la solicitud de tus servicios; puede ser que algun dia te sean recompensados debidamente. Cuando llegue el Padre Miguel, házle entrar aquí; necesito hablarle antes que vea á la señora.

JOSÉ. No teneis que esperar mucho. Hace un momento que ha llegado, y solo aguarda vuestras órdenes.

MAR. Házle entrar al momento. (*vase José.*)

ESCENA III.

EL MARQUÉS, *á poco* EL PADRE MIGUEL.

MAR. No me queda otro remedio! Me pondré en manos de este hombre honrado. El, acaso mas sábio y menos ofuscado, encontrará solucion... Os esperaba con impaciencia... (*viéndole llegar.*)

MIG. Señor Marqués, he recibido un recado...

MAR. Es verdad; llegad, sentaos... (*lo hace sentar en la butaca y él lo hace á su lado.*)

MIG. Pero qué alteracion encuentro en vuestro semblante!... Qué ocurre? Vamos, hablad; tranquilizaos...

MAR. Padre, Amalia se muere! Mi Elisa, mi desgraciada hija, vá á quedar sola en el mundo...

MIG. Sola!

MAR. Sola, sí; porque su padre no podrá soportar el terrible peso de su infortunio!..

MIG. No os comprendo...

MAR. Ya lo comprendereis, cuando os haga una relacion exacta de los acontecimientos que pasan por mi vida... Prestadme atencion por un momento.

MIG. Tranquilizaos, y hablad.

MAR. Hace cuatro años me encontraba jóven, é hijo de una elevada familia; mis padres, los Marqueses de Villa-Espino, me habian dejado por herencia su título, y un mediano caudal, que las desgracias de los tiempos habian reducido. Entregado con esceso á los placeres del mundo, prefiriendo la orgía, el juego y las emociones de una vida sin freno, en po- [illegible] caudal se vió empeñado; pero en mi [illegible] y desesperada situacion, habia tenido la for- [illegible] conocer á [illegible]lia, y de haberme enamo- de ella. Aquel amor era mi áncora de salvacion, porque yo conocia que dominaba mis vicios, que refrenaba mis mundanales pasiones. Amalia era huérfana tambien, y sin otros recursos para vivir que los que le proporcionaba su trabajo, á que con laboriosidad se dedicaba. La ofrecí mi mano, que aceptó, mas que por amor, por necesidad, por conveniencia; pero aunque yo lo comprendí así, su posesion hacia mi felicidad, y me casé con ella. La desgracia de mis aventuras, me habia hecho perder mis amigos, porque los amigos no se conservan mas que en la prosperidad. Uno, sin embargo, redoblaba para conmigo su solicitud, y creyendo en su sinceridad, de que constantemente me daba pruebas, anudé mi amistad despues de casado. Enrique del Robledo frecuentaba mi casa, participaba de mi felicidad doméstica, pero comprendia sin duda que esa felicidad era aparente, superficial. Mis negocios, empeorando á cada paso, me hacian pasar una vida llena de emociones, que difícilmente se podian ocultar á la vista de aquellos seres, únicos para mí queridos. Un dia Enrique se franqueó conmigo, y me interrogó sobre mis infortunios: no pude negarle que era desgraciado, confesándole á la vez las causas que motivaban mis desgracias; la ruina de mi capital, la falta de amor en mi mujer. Enrique se compadeció de mí; pero en algunos dias no volvió á hablarme sobre el particular, hasta que uno de ellos se presentó en mi casa, manifestando que partia á remotos paises, donde permaneceria algun tiempo; que queria hacerme partícipe de algunos de sus secretos, entregándome un pliego cerrado, que me exigió no abriese hasta dos dias despues de su partida.

MIG. Y ese pliego?..

MAR. Ved lo que contenia. (*acercándole una carta, que ha tomado de la mesa.*)

MIG. Una carta?

MAR. Sí; leed.

MIG. (*leyendo.*) «Voy á partir muy lejos; sabe Dios si «nos volveremos á ver! Mi fortuna toda, cuanto po- » seo, consiste en esa cantidad que incluyo en va- » lores realizables. Ponla en giro, y esfuérzate en » ser feliz, y en hacer feliz á Amalia. Si algun dia » necesito esa suma, ya habrá sido tiempo de que » con ella pongas tu caudal á salvo. Entonces, con » la anticipacion que me sea posible, te avisaré que » debes devolvérmela.» Y esa cantidad consistia?..

MAR. En quinientos mil reales, en títulos realizables al portador.

MIG. Y bien! En todo esto, no veo nada que justifique vuestra desgracia.

MAR. Esperad. Han trascurrido tres años desde la fecha de esa carta. Mis negocios, lejos de mejorarse, han caminado de mal en peor; la frialdad que he seguido notando en mi mujer, me ha obligado á hacer grandes desembolsos, inmensos sacrificios, á fin de halagarla; nada he conseguido. Luego... hace un mes he recibido esta otra carta; tomad. (*entregándole la carta que repasaba al empezar el acto.*)

MIG. (*leyendo.*) «Querido Eduardo: Hace tres años »que nos separamos. Te dejé, en calidad de depó- »sito, toda mi fortuna. La suerte me ha sido ad- »versa. Como comprendo que tu posicion habrá » mejorado, te supongo dispuesto á devolverme los » valores que te confié. Al mes de recibir esta car- » ta, llegaré á Madrid, donde tendrá el inefable » placer de abrazarte, tu mejor amigo, Enrique.» Ah! Tal vez no poseeis esa cantidad?

MAR. Qué decis, padre? Queriendo perderlo todo, antes que el honor, he realizado cuanto poseia, y ahí están reunidos los quinientos mil reales de Enrique, que debo entregarle hoy, pues hoy debe llegar.

MIG. Desgraciado! Acaso no os queda?...

MAR. Nada. Mañana la miseria para mí... y para mi familia!...

MIG. Pero Enrique podrá daros un plazo... Tal vez no necesitará todo ese dinero! Quién sabe!... Quizás se encuentre un medio...

MAR. No, padre; Enrique me aprecia demasiado, para que al escribirme de un modo tan terminante, no sea una imperiosa necesidad la que le impulse á ello. Pero... no es esto todo.

MIG. Aun mas desgracias?

MAR. Esta historia habia sido un secreto para Amalia; para ella, mi fortuna era inmensa, inagotable: jamás la he manifestado apuros; cuando me veia gastar por complacerla, me reconvenia, mas yo la hacia creer, que en nada se resentia mi caudal, que era muy rico, y podia atender, sin menoscabo alguno, á todos sus caprichos y necesidades.

MIG. Y ahora?...

MAR. Ahora, mi honor y mi deber no me permitian engañarla por mas tiempo. Cuando he visto próxima la llegada de Enrique, cuando solo faltaba un dia para mi completa ruina, la he llamado, y se lo he confesado todo.

MIG. Y bien, se habrá conformado? Te habrá prestado sus consuelos?...

Mar. Nada de eso, Amalia ha escuchado impasible todo mi relato; ha seguido paso á paso mi historia, demostrando una señalada conformidad, la mas glacial indiferencia; pero cuando la he manifestado que hoy debe llegar Enrique, se ha conmovido de tal modo, ha esperimentado su naturaleza un cambio tan repentino, que ha sido acometida de un vértigo calenturiento, de un acceso tan estraño, que nos hace temer por su vida.

Mig. Y está?...

Mar. En su habitacion, recostada en su lecho...

Mig. Y los médicos?...

Mar. No ha consentido en ser visitada por ninguno. Desde que ha sido atacada de este mal, solo un afan ha manifestado, en el cual ha insistido durante veinte y cuatro horas...

Mig. Y ese afan...

Mar. El hablar con vos, padre mio, el reconciliarse acaso con Dios, temiendo quizás su última hora...

Mig. Oh! Y por qué no me habeis avisado desde ayer? Nada, hijo mio, no teneis que afligiros ni desesperaros; yo hablaré á Enrique; yo conseguiré de Amalia que se deje visitar por un médico; exigiré de ella una confesion franca y esplícita, y Dios me iluminará; él me prestará sus divinos auxilios para sacaros de la terrible situacion en que os encontrais. Me habeis dicho que teneis una hija...

Mar. Una niña de tres años...

Mig. Pues bien, sacrificadlo todo por ella, y no desespereis. Confiad sobre todo en la misericordia de Dios!

Mar. No sabeis el consuelo que me presta vuestra santa palabra!

Mig. Hacedme conducir á la habitacion de vuestra esposa. (*el Marqués hace sonar el timbre y sale José.*)

ESCENA IV.

Los mismos y José.

Mar. Conducid al padre á la habitacion de la Señora.

José. Venia á deciros, que la señora, enterada de la llegada del Padre Miguel, ha abandonado su lecho, y se dirige á esta habitacion.

Mar. Oh! Salid á su encuentro. Acompañadla. (*vase José.*) Os dejo solo con ella. Dios ilumine vuestra razon y la dé el consuelo que necesita.

Mig. El me ayudará, hijo mio.

(Vase el Marqués por el fondo; sale José, por la izquierda conduciendo á Amalia, que coloca en una butaca; despues que esta se ha dirigido al Padre Miguel, que le ha salido al encuentro y besándole la mano, José despues de dejarla colocada á una señal del Padre Miguel, se vá por el fondo, cerrando la puerta.)

ESCENA V.

El Padre Miguel *y* Amalia.

Mig. Descansad.—Estais fatigada!—Qué teneis?—Tranquilizaos. Os encontrais á mi lado; al lado de la religion.

Ama. Padre mio!

Mig. Qué teneis?

Ama. Voy á morir!

Mig. No penseis en eso; solo Dios, con su infinita sabiduría, es el que puede poner fin á vuestra vida; y él solo sabe si os ha llegado ó no vuestra última hora. Por otra parte, las causas que motivan vuestro mal, son pasajeras.

Ama. Cómo! Sabeis!...

Mig. Conozco el motivo que ha dado lugar á ese acceso, mas bien moral, que físico; y por lo mismo, no dudo que desvanecidas las causas, cesarán tambien los efectos.

Ama. Estais en un error, padre mio; no podeis saber...

Mig. Vuestro esposo me ha dicho hace un momento...

Ama. Mi marido!..

Mig. Si, me ha hecho una relacion exacta de los accidentes ocurridos antes y despues de vuestro casamiento; del grave acontecimiento á que estais abocados; y creedme, Amalia, no veo en todo ello una causa bastante justificada para desesperar.

Ama. Mi marido! Mi marido está en un error; no conoce el verdadero motivo.

Mig. Cómo!

Ama. Cerrad las puertas, padre; lo que voy á deciros, solo podeis oirlo vos; solo puede decirse á los piés del confesor.

Mig. Oh! eso ya es otra cosa... (*cierra todas las puertas y vuelve á sentarse, aproximando un sillon al de Amalia.*) Tranquilizaos, y hablad.

Ama. Padre mio, voy á morir!

Mig. Ya os he dicho...

Ama. Voy á morir; mi mal no tiene remedio!...

Mig. Aclarad ese misterio.

Ama. Padre, yo no amo á Eduardo, no amo á mi esposo!

Mig. Ya lo sabia.

Ama. Lo sabíais?

Mig. El Marqués me lo ha confiado...

Ama. El Marqués sabe?...

Mig. Sabe que os casásteis por conveniencia, y no se queja de vos. Por el contrario, conoce que os hahabeis sacrificado por él.

Ama. Pero, padre, el Marqués ignora que yo amo á otro hombre!

Mig. A otro hombre! Desgraciada!

Ama. No me acuseis sin oirme...

Mig. Os escucho.

Ama. Ya sabreis, puesto que mi marido os lo habrá referido, que me casé con él, solo por buscar un refugio á mi orfandad. No conocia entonces lo que era amor. Era pobre, muy pobre, y no tenia padres ni familia! Estaba sola en el mundo; sola, y espuesta á los peligros de una juventud, que me hacia aparecer hermosa á los ojos de los hombres! Mil adoradores me perseguian por do quier, adoradores que yo despreciaba, porque era pura, inocente, porque no queria vender mi honor por una posicion menos embarazosa. El Marqués me vió y se enamoró ciegamente de mí; admití su galanteo, en cambio de una solemne promesa de esposo, que no tardó en realizar. Ya os he dicho que no conocia lo que era amor. Por mas que me halagaban los mil placeres conque mi esposo me festejaba; por mas que me envanecia la riqueza, el fausto de que me veia rodeada, mi corazon siempre sentia un vacío, una necesidad, una cosa que yo no me esplicaba. El Marqués no tenia amigos; solo frecuentaba nuestra casa un jóven; ese jóven era Enrique del Robledo. Poseido siempre de una melancolía que ennoblecia sus facciones, llegó á interesarme su malestar; y un dia, aprovechando la ausencia de mi esposo, le pregunté la causa de su continua tristeza. Enrique,

conmovido, me confió que amaba sin esperanza. Comprendí que su amor era yo la que se lo inspiraba; comprendí que le amaba tambien, pero con tal frenesí, que no tardé en conocer que aquella pasion era mi ruina. Dios sabe, sin embargo, que nunca he faltado á los deberes de esposa; bien es verdad, que Enrique siempre me ha tratado con delicadeza; por el contrario, dejó de frecuentar nuestra casa, y su amistad entre él y mi esposo se entibió aparentemente. Enrique, lleno el corazon de luto, vino un dia á comunicarme su resolucion de ausentarse por algun tiempo; le oí con tristeza, pero le dí las gracias; se despidió de mi esposo, y partió.

Mig. La ausencia curaria vuestra pasion?

Ama. Por algun tiempo se apoderó de mí un malestar cruel, que traté de ocultar; despues reconcentré todo mi amor en mi hija, y llegué á figurarme que el amor de Enrique habia sido una quimera.

Mig. Y despues...

Ama. Despues, su recuerdo siempre molesto, desapareció casi por completo de mi imaginacion. Pero ayer me llamó mi esposo; me hizo una descripcion de nuestro estado ruinoso; me confió la noble accion de Enrique, entregándole su caudal; y me anunció, en fin, que nuestro bienhechor debia llegar de un momento á otro, viéndose en el deber de devolverle sus quinientos mil reales, para lo cual habia realizado cuanto nos pertenecia. En adelante, la miseria y la desgracia eran nuestro porvenir; y esta impresion ha sido para mí tan fuerte, que ha descompuesto todo mi ser; conozco que no se ha extinguido mi amor hácia ese hombre; creo, por otra parte, que reclama sus fondos por vengarse de mi desvío, y en esta lucha, comprendo que me vá faltando la razon, que la calentura me abrasa, y que voy á morir!

Mig. Hija mia! Pronto desconfiais de la misericordia divina! Vuestro mal es grave, lo conozco; pero una penitencia bien entendida, puede curar vuestro mal radicalmente. Esa penitencia, yo os la impondré; sea el amor a vuestra hija. Pensad en ella, en su porvenir, en los generosos sacrificios que vuestro esposo ha hecho por conquistar ese cariño, que tan injustamente le negais. Perseverando en este camino, á vos os dará la salud del cuerpo y la del alma, y á vuestro esposo y vuestra desgraciada hija, la felicidad.

Ama. No, padre mio, no. Yo amo á mi hija; pero este amor no es bastante á mitigar la devoradora pasion que abrasa mi pecho; y esta pasion, que destruye mi ser, que lo embrutece, lejos de acercarme á mi esposo, me aparta cada vez mas de su lado. (*el Marqués abre la puerta secreta; al oir las últimas palabras, se detiene y escucha.*) Su presencia es para mí un martirio insufrible, porque me arroja al rostro mi delito; y el castigo de mi delito, es la muerte.

ESCENA VI.

Los mismos, y el Marqués.

Mar. No, Amalia; tu marido te compadece, y te perdona!

Ama. Padre, nos escuchaba!

Mig. Qué imprudencia!

Mar. Lejos de ser así, es una leccion saludable para el porvenir. Tranquilizaos, Amalia; vuestro esposo conoce sus deberes, así como ha conocido, aunque tarde, su culpa; esta consiste, en haber violentado vuestro corazon, exigiendo un amor que no sentia, que no podia sentir. Vivid, Amalia, vivid, puesto que á pesar de todo, habeis sabido respetar el honor de mi nombre; vivid, y mañana, cuando se haya tranquilizado vuestro espíritu, una separacion pondrá término á tan horrorosa situacion.

Ama. Eduardo, no creais...

Mar. Basta, señora. Habeis confesado vuestro amor á otro hombre; amadle en hora buena; pero ni profaneis con ese amor la morada del esposo, ni emponzoñeis con él las caricias de la madre.

Ama. Qué quereis decir?...

Mar. Que al separaros de mí, vuestra hija no podrá permanecer á vuestro lado.

Ama. Ah!

Mig. Hijos mios! El tierno lazo que ha de uniros de nuevo, que no debeis pensar en romper, es esa inocente criatura; pensad en ella; no labreis su desgracia; ella no es culpable.

Mar. Ni una palabra más!...

Ama. Dios mio, Dios mio!

ESCENA VII.

Los mismos, Enrique *y* José *al foro.*

José. Entrad! Mi amo se encuentra en esta habitacion.

Mar. Quién! Enrique!... (*con sorpresa y cólera.*)

Enr. (*viniendo á abrazar al Marqués, y conteniéndose al ver la actitud de este.*) Mi querido Eduardo!

Ama. Cielos!... él!... yo muero!... (*cayendo desmayada.*)

Mig. (*llamando.*) Acudid todos!...

Enr. (Qué es esto?)

Mar. (*á los criados que salen.*) Conducidla á su habitacion. Vos, Enrique, esperad.

(Estos bocadillos deben hablarse casi á la vez. Al ser acometida Amalia de su accidente, y á la voz del Padre Miguel, acuden dos criados, que en union de José conducen á Amalia en el mismo sillon donde se encuentra, á la habitacion de la izquierda. El Padre Miguel entra tambien.)

ESCENA VIII.

El Marqués *y* Enrique.

Mar. Caballero, he recibido vuestra carta.

Enr. Esa carta...

Mar. Ha venido á recordarme, que soy vuestro deudor por valor de quinientos mil reales, que debia reintegraros á vuestra primera indicacion...

Enr. Pero...

Mar. Ahí teneis la suma que os adeudo. (*tomando de la mesa un paquete cerrado y entregándoselo.*)

Enr. Eduardo...

Mar. Ni una palabra más sobre este punto. Ahora bien, á la vez sois mi deudor, y espero que con la misma puntualidad que os he pagado, me pagareis á mí.

Enr. No comprendo...

Mar. El mayor infortunio de cuantos me rodean, os lo debo á vos!...

Enr. Esplicaos, por favor!...

Mar. Sé que amais á mi esposa, y que ella os corresponde!...

Enr. Eduardo, os juro!...

Mar. Comprendo lo que vais á decirme; que ese amor ha vivido oculto en el fondo de vuestros corazo-

nes; que no ha profanado el lazo que nos unia... No importa; para que uno de los dos podamos estar en el mundo, sobra uno en él. Partamos cuando gusteis.

ENR. Oh! Pero yo necesito que me escucheis, Eduardo. Por nuestra antigua amistad, por nuestro cariño de hermanos...

MAR. Teneis miedo tal vez?

ENR. Miedo!

MAR. Entonces, salid; porque si no salís pronto, os obligaré hasta el punto de escupiros en el rostro...

ENR. Eduardo! (*fuera de sí.*)

MAR. Veo que al fin nos entendemos. Salgamos...

ENR. Salgamos. (*al ir á salir por el foro, el Padre Miguel aparece por la izquierda. A su voz ambos se detienen.*)

ESCENA IX.

Los mismos, y el PADRE MIGUEL.

MIG. Deteneos, desgraciados! No profaneis de ese modo la morada de la muerte!

ENR. Qué decis?...

MAR. Amalia?...

MIG. Descansa en la mansion de los justos, despues de haberla perdonado en nombre vuestro.

MAR. Padre!

MIG. Dios manda que perdonemos! Dios es misericordioso y clemente; tú no puedes dejar de serlo!

MAR. Amalia! muerta!

ENR. (*adelantándose hácia el Marqués, como en señal de reconciliacion.*) Eduardo!...

MAR. (*severamente.*) Partid, caballero, partid.

ENR. Pero...

MIG. (*suplicante.*) Partid, Enrique. (*el Marqués ha caido anonadado en un sillon. Enrique vá á salir, pero vacila, se detiene y al fin se decide y parte. El Padre Miguel acude en socorro del Marqués.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO II.

Panteon del Cementerio de San Nicolás en Madrid. Algunos sepulcros repartidos por la escena; cipreses, etc. Un sepulcro á la derecha, donde estará colocado el ataud de Amalia. A la izquierda una verja que sirve de entrada al Cementerio. En el mismo lado, en segundo término, entrada á una habitacion. Es de noche. Al levantarse el telon, Roque dormirá recostado sobre un banco de piedra, colocado junto á la verja; á sus piés una linterna encendida; herramientas de albañilería y un manojo de llaves. Se oye lejano el ruido de la tormenta, y se dejarán ver algunos relámpagos.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE, *solo.*

(*Despues de una pausa.*) Aaah! (*bostezando.*) Me habia dormido!... Miserable humanidad!... Mientras la mayor parte de mis semejantes se solazan en el festin de la orgía, donde la tormenta apenas se escucha, yo, infeliz! duermo tranquilamente en la sombría y lúgubre morada de los muertos! Qué me importan sus placeres? Tanto mejor para ellos!... Naci pobre, y estraño á esa mentida pompa de un mundo engañoso; ageno á ese oropel menguado, que emponzoña cuanto toca!.. Nací despreciado de los hombres, olvidado de ellos; sin padres... sin hermanos... sin amigos... sin otras afecciones que un pedazo de pan duro, y un lecho de paja, menos grato que este banco de piedra, donde tranquilamente duermo, como guarda de tan solitario albergue, resto de la verdad, de la mísera verdad de nuestra vida! (*pausa.*) El mundo! Qué es el mundo para el que no posee riquezas? Por eso quiero odiarle, ya que me arrojó en su seno, para que soporte una existencia oscura, sin otro consuelo, que el que puede adquirirse al pié de los sepulcros. Mis amigos son los muertos; ellos mis riquezas, los compañeros de mi infortunio; velemos por ellos. (*vuélvese á recostar, y duerme, mientras se repiten con mas fuerza los truenos y los relámpagos.*)

ESCENA II.

El mismo, ENRIQUE *en la verja, cubierto con capa.*

ENR. Sí; este es el Cementerio de San Nicolás... La verja se encuentra cerrada... Sobre aquel banco, á la opaca luz que despide la linterna, se distingue un hombre... Llamaré... Eh! buen hombre!

ROQ. (*despertando.*) Eh! Quién llama?

ENR. Aquí, en la verja...

ROQ. Quién será? Me pareció oir... Bah!... Soñaba...

ENR. No responde?... (*golpeando.*)

ROQ. (*observando.*) Sí, no hay duda! Un bulto se descubre tras de la verja!... A estas horas!... Quién podrá ser?... (*se levanta, toma la linterna y reconoce.*) Eh! Buen amigo! Qué se ofrece?

ENR. Sois el guarda de este Cementerio?

ROQ. Soy más; á la vez, desempeño el oficio de sepulturero.

ENR. Decid, tendríais algun inconveniente en permitirme la entrada?...

ROQ. Estraña pregunta! Entrar? Vaya una visita! La noche está á proposito... Y sobre todo no sabeis que á estas horas está prohibido el entrar?

ENR. Sin ninguna escepcion?

ROQ. En cuanto á eso... al menos que...

ENR. A menos que hubiese una persona que tuviese gran empeño en entrar, y que trajese esta contraseña... (*entregándole un bolsillo, que Roque recoje y hace sonar.*)

ROQ. (Es particular!) De manera... que...

ENR. Me abrireis?...

ROQ. Teneis tal empeño! Esperad. (Qué será esto?) (*toma las llaves; abre la verja y Enrique entra.*) Vamos, ya estais dentro.

ENR. Dejadme descansar un momento... (*dejándose caer sin aliento en el banco de piedra.*)

ROQ. (Qué misterio! En fin, si paga...)

ENR. Decidme, amigo mio; hoy han sepultado aquí un cadaver?...

ROQ. Han sido muchos... La zanja ya se vá haciendo estrecha para tanto pobre... Oh! Los pobres son los que con mas frecuencia vienen á descansar aquí...

ENR. No se trata de eso...

ROQ. Entonces...

ENR. Se trata de una mujer hermosa...

ROQ. Una mujer hermosa! Para la muerte, la hermosura es una cosa bien poco respetable. Ante ella todos somos iguales...

Enr. Escusad digresiones, y responded.

Roq. Mal humor traeis!

Enr. Soy rico!

Roq. Entonces, se esplica la causa de vuestro disgusto.

Enr. Mirad que puedo hacer vuestra fortuna!...

Roq. Mi fortuna! Hablad.

Enr. Hoy han dado sepultura aquí, al cadáver de una mujer hermosa.

Roq. Si será... solo una mujer de categoría ha venido á visitarme...

Enr. Y se encuentra?...

Roq. En ese sepulcro... Mirad. (*señalando el de Amalia.*)

Enr. Dios mio! Amalia! Amalia!

Roq. Justo; ese es su nombre!

Enr. Por dónde sabeis?...

Roq. Me habeis dicho que hareis mi fortuna; y aun cuando esto no sea muy verosímil, siempre encierra una esperanza halagüeña...

Enr. Si os prestais á secundar mis planes, podeis ganar en una noche, lo que acaso no ganareis en vuestra vida.

Roq. Pues bien; si os he indicado su nombre, es porque ese cadáver ha sido visitado ya esta noche por un caballero, á quien acompañaba una niña de corta edad.

Enr. Será posible?

Roq. Y lo es tanto, que al ir á cerrar la verja, me suplicó con las lágrimas en los ojos, que me detuviese por algunos momentos; añadiendo, que queria derramar algunas lágrimas al lado del sepulcro de la mujer, á quien aun despues de muerta, amaba con delirio. Soy poco fácil de enternecer, porque mi corazon es de roca; pero os aseguro, que al ver un señor tan bien portado, llevando en sus brazos una preciosa criatura, á la cual besaba con efusion, suplicarme á mí, al despreciable sepulturero... Vamos, francamente, tambien me conmoví, y le consentí la entrada. Llegó hasta aquí; oró, lleno de besos y sollozos á la niña, que parecia ser su hija; me dió una moneda de oro, y partió, no sin dejar de volver la vista repetidas veces, hasta desaparecer á lo largo del camino, que conduce á Madrid.

Enr. Sí, es verdad; ese hombre amaba mucho á esa mujer... pero yo la amo aun mas.

Roq. Y bien, venis como él á orar?

Enr. No, yo necesito otro consuelo, porque os he dicho, que la amo mas que ese hombre; vengo á verla!

Roq. A verla!

Enr. Sí.

Roq. Eso es imposible!

Enr. Ante el poderoso talisman del oro, nada se resiste, y os acabo de decir que soy rico...

Roq. Y á mí, qué me importa? Diablo! Dejaria de ser sepulturero y guarda del Cementerio, si mañana llegára á descubrirse...

Enr. No nos queda otro camino.

Roq. Señor mio, porfiais en vano. Ya os he consentido la entrada, con lo cual he faltado á las órdenes que se me tienen dadas. Hemos concluido; os podeis marchar.

Enr. Pedid el precio que gusteis.

Roq. Ninguno.

Enr. (*con intencion.*) Es que vengo resuelto á todo!...

Roq. Y qué me quereis decir con eso?

Enr. Que estais solo, y que sabré obligaros si no accedeis...

Roq. Vamos, caballero; por muy resuelto y armado que vengais, nada obtendreis de mí... Yo tambien tengo armas, y...

Enr. (*desesperado.*) Dios mio! Y he de partir sin verla? He de alejarme para siempre de estos sitios, sin darla el último á Dios?

Roq. Pues señor, esto es particular! Hablais de ese cadáver como si se tratase de una mujer que estuviese llena de vida!

Enr. Oh! Vos no comprendeis los terribles arcanos del corazon! No podeis adivinar, hasta donde arrastra un amor desventurado, seguido paso á paso desde el imposible hasta la tumba!

Roq. (Es que... si no fuera... perder en un momento!...)

Enr. Decidios, buen hombre; poned precio á vuestro servicio...

Roq. Habeis dicho que queriais...

Enr. Ver el cadáver un solo momento.

Roq. Nada mas que verlo?

Enr. Nada mas.

Roq. Es particular! Y qué me dareis por eso?

Enr. Lo que querais.

Roq. Cuándo?...

Enr. Ahora mismo. Tomad; ved si os satisface lo que contiene esa cartera... (*le entrega una cartera que Roque abre y reconoce á la luz de la linterna.*)

Roq. Demonio! Letras al portador!

Enr. Aceptais?

Roq. Acepto; pero con una condicion.

Enr. Hablad.

Roq. Que yo he de presenciar...

Enr. Como querais.

Roq. En ese caso... andando.

Enr. Amalia, voy á disfrutar de tu presencia, cuando ya no perteneces á otro hombre; cuando solo perteneces á Dios! (*Roque toma algunas herramientas de albañilería y la linterna y se dirige al sepulcro donde está Amalia.*)

Roq. Os advierto que yo solo no puedo; es necesario que me ayudeis.

Enr. Oh! sí. (*entre los dos hacen algunos esfuerzos, auxiliándose con picos y palanquetas, hasta conseguir levantar la losa que cubre el sepulcro.*)

Roq. Yá está. Este es el ataud...

Enr. Es necesario abrirlo...

Roq. Cómo?

Enr. De la misma manera...

Roq. Habrá que romper la tapa!

Enr. Qué importa?

Roq. Es que...

Enr. Doblaré la cantidad.

Roq. Adelante. (*repiten la operacion hasta hacer saltar los goznes de la tapa del ataud. Descúbrese el cuerpo de Amalia.*)

Roq. Listo!

Enr. Alumbrad! (*Roque deposita la linterna sobre el sepulro, colocándola de modo, que el reflejo de la luz hiera el rostro de Amalia. Despues se retira á un estremo.*)

Roq. (Tenia razon; es hermosa!)

Enr. Dios mio! Y la he perdido para toda una eternidad!

Roq. (En qué vendrá á parar esto?)

Enr. Amalia, permite que mi voz profane el lúgubre silencio de tu última morada! Permite que el recuerdo de un amor sin esperanza, de un amor que

tú correspondias en silencio, sea la última ofrenda de mi eterno cariño! Permite que derrame una lágrima sobre tu sepulcro, que mis párpados rieguen tu helado rostro; que mi boca estampe un beso sobre tu mano... (*vá á ejecutarlo y retrocede horrorizado.*) Dios mio!... Qué es esto?... Oh!... No es ilusion!...

Roq. Qué!

Enr. Acercaos!...

Roq. Qué es lo que pasa?

Enr. Que al ir á posar mis labios sobre su mano, un estraño calor me ha hecho retroceder! (*reconociéndola.*) Oh!... sí!... no cabe duda!... Su corazon late, aunque débilmente!... Un sudor copioso baña su frente!... Dios mio! Es esto realidad, ó es una fantasía, una vana quimera de mi cerebro!... (*cae desvanecido. Entre tanto, Roque inspecciona el cuerpo de Amalia.*)

Roq. No, no es ilusion! Esta mujer no está muerta! Vive todavía!... Esto es atroz!... Yo que no he temblado nunca, me conmuevo á la vista de tan estraño espectáculo! Eh! Levantaos... Volved en vos. (*á Enrique.*)

Enr. Perdonad! Mi razon se estravía á la vista de un dolor tan profundo! Yo amaba con delirio á esa mujer, y á su vista creo convertirse en realidad, las dulces ilusiones de mis sueños!

Roq. No os habeis engañado!...

Enr. Qué decis?

Roq. Que su corazon late; que su pulso, aunque débil, se altera; que el sudor que corre por su rostro, no es una ilusion!...

Enr. Dios mio! Será cierto?

Roq. Sí, no cabe duda; esta mujer está viva! Caballero, es preciso que salgais inmediatamente; no puedo permitir que permanezcais un momento mas. Voy á cerrar el Cementerio, y á dar parte á la justicia!...

Enr. No, deteneos!...

Roq. Es preciso; mi deber lo ordena!...

Enr. Vuestro deber!

Roq. Qué intentais?...

Enr. Os lo voy á decir; esta mujer no pertenece al mundo! Esta mujer me amaba... mas aun, me ama todavía, y es preciso salvarla...

Roq. No comprendo...

Enr. En una palabra; esta mujer, al volver de su letargo, si dais parte á la justicia, vá á encontrarse en los brazos de un hombre á quien aborrece, y esto ocasionará, ó su muerte instantánea, ó su eterna desesperacion! Si me prometeis guardar este secreto, oh! entonces... ella y yo os deberemos la felicidad!

Roq. Mirad que eso no puede ser!...

Enr. Os he dicho que soy rico, y que estoy dispuesto á todo! Pues bien, saquémosla de aquí; evitemos que despierte, y se vea depositada en un ataud! Vos tendreis una habitacion, un lecho... saquémosla, y depositémosla en él... Despues... yo partiré á Madrid; antes de veinte minutos estoy de vuelta, provisto de una gruesa suma que tengo disponible; y en el mismo carruaje que me ha conducido aquí, que me espera á pocos pasos, huiré con ella. Si vos, temeroso de que os puedan descubrir, quereis partir conmigo, os pondré en lugar seguro; os daré oro, lo suficiente á remuneraros este servicio; servicio que vale para mí un mundo de felicidad! Si quereis permanecer aquí, si no quereis huir con nosotros, cerrad ese sepulcro; depositad en él un cadáver cualquiera, os recompensaré del mismo modo. Sereis rico, feliz, y yo... Oh! yo enloqueceré de amor y de alegría!...

Roq. Mirad que...

Enr. Nada me repliqueis! Vedme á vuestros pies; ved al que jamás conoció la humillacion, postrado á los piés de un sepulturero!

Roq. Levantaos, caballero!... Demonio! Me habeis conmovido! Andad! Volved al momento! Yo basto solo para sacar de aquí á esa mujer!.. Entre tanto, traed ese dinero y ese coche... partiremos juntos!... Qué diablos! No sé si partiré ó sí... en fin, no perdais tiempo... Vamos!

Enr. Dios mio! Cuán justo y misericordioso sois. (*vase precipitadamente.*)

ESCENA III.

Roque, *solo.*

(*Queda un momento pensativo.*) Dicen que la fortuna no es para buscada... y en verdad que tienen razon! Hace una hora renegaba del mundo, y he aquí que el mundo, en cambio, se preparaba á darme una grata sorpresa!... Ea, pues, Roque; en qué te paras? Aprovecha este negocio, que no se presentan en la vida muchos de esta clase! (*llegando al sepulcro de Amalia y reconociéndola de nuevo.*) No cabe duda, está viva! Su corazon late cada vez con mas fuerza, y sus mejillas están bañadas de un vivo carmin... Caramba, y es hermosa!... Oh! Cuán felices son los hombres que nacen ricos!... Ellos pueden amar!... Ser amados!... Nosotros, los pobres... Cuánta felicidad debe respirarse al lado de una mujer como esta! Verse amado de un ser tan angelical!... De una divinidad de la tierra!... (*pausa.*) Y yo!... Condenado á vivir una vida oscura! Sin afecciones, sin un ser que me acaricie! Miserable condicion la humana! Ahora, no sé lo que siento aquí... en el pecho... Desde que he visto el rostro de esa mujer, me parece que mi ser se regenera... que mi cabeza se abrasa... que mi corazon palpita de un modo desconocido; en fin... que creo estoy enamorado!... Quimera!... Ilusion!... Y con qué derecho?... Qué otra cosa soy, sino el sepulturero del Cementerio!.... Y qué! Acaso bajo este mugriento traje, no late un corazon tan sensible como el de todos los hombres? Acaso Dios ha privado al pobre de tener sentimientos mundanales? No! Mi corazon siente, mi corazon se agita, mi corazon adora á esa mujer! Con ella, la felicidad, la vida; sin ella, la desgracia la desesperacion, la muerte! (*pausa.*) No puedo mirarla sin conmoverme!... Dios mio! Qué es esto?... Y ese hombre vá á venir!... Se la llevará!... y disfrutará de su amor!... Y yo... Son celos?... Creo que sí... La vista de esta mujer, me enloquece... el recuerdo de ese hombre, me lastima... (*queda un momento pensativo.*) Sí, yo amo á esa mujer... Ese hombre vendrá .. traerá sobre sí un tesoro para huir con ella... Ese tesoro y esa mujer pueden ser mios!.. Oh! es preciso!... Los celos me devoran! Necesito el amor de esa mujer, y mucho oro para huir con ella, para poseerla... Ese hombre es forzoso que desaparezca... Aquí no hay mas que cadáveres!.. los muertos... no hablan!... Su mismo carruaje me conducirá... sus ropas reemplazarán estos harapos... Despues... yo me haré amar de ella... Siento ruido... se oye parar un coche... se escuchan las pisadas de un hombre!... Sí, él será... Aquí... es-

peremos!... (*se parapeta tras la verja puñal en mano, al entrar Enrique, le hiere.*)

ESCENA IV.

ROQUE *y* ENRIQUE.

ENR. (*entrando con precaucion.*) Eh! Buen hombre! Estais ahí? (*Roque le hiere y cae.*) Oh!... maldicion!... Me ha... muerto!...

ROQ. Ya no es posible retroceder! (*dándole algunas puñaladas inciertas, como para asegurarse; despues registra sus bolsillos.*) Una cartera!... Un bolsillo!... Papeles!... Este es mi tesoro! Ahora saquemos á esta mujer de aquí, y completemos mi obra!...

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Patio de una hacienda de lábor. Cajonería amontonada en varios puntos. Puerta ó verja al foro que dá al campo, y dos laterales á la izquierda, que conducen al interior.

Benjamin y varios esclavos negros trabajan con actividad, unos arreglando y otros precintando la cajonería.

ESCENA PRIMERA.

TOMÁS, BENJAMIN *y esclavos.*

TOM. Vamos, en qué os deteneis? Ya sabeis que nuestro amo, el señor Roque, desea quede embalado el cargamento de añil, que ha de conducirse á España en el bergantin Amalia, que está para darse á la vela de un momento á otro... Nada, nada, no hay que detenerse! Voto á brios! Demonio de aragones!... A ver, tú, perezoso! Qué haces ahí parado. (*á Benjamin.*)

BEN. (*como en actitud del que padece alguna dolencia.*) Nada!... señor... si voy ya... si voy ya!...

TOM. Se me acaba la paciencia con estos miserables!

BEN. Mucho trabajar el que manda!

TOM. Me replicas! (*amenazándole con el látigo.*)

BEN. No... no... perdon! Es que... mire su mercé... yo estoy malo!.... yo tener calentura!... Haber estado al sol todo el dia!.. No poder mas!... No poder mas!...

TOM. Insensato! Piensas que he de creerte? Toma, para que cures de tu dolencia! (*le dá algunos latigazos.*)

BEN. Ay, señor! Por Dios! No pegar al pobrecito Benjamin! Estar malo!... Muy malo! Vá á morirse!...

TOM. Toma y calla! (*descargándole.*)

BEN. Oh! no poder mas! (*dejándose caer casi exánime, á cuyo tiempo aparece Amalia.*)

ESCENA II.

Los mismos y AMALIA.

AMA. Qué es eso? Deteneos! Por qué castigais tan cruelmente á ese infeliz?

TOM. Señora, esta canalla necesita se la trate así.

AMA. De ningun modo! Ya en otra ocasion os he reconvenido por vuestra crueldad con estos desgraciados. Que no tenga que repetir la misma reconvencion!

TOM. Señora!...

AMA. Callad, y retiraos.

TOM. (Me humilla á su presencia!) Es que...

AMA. Ya he dicho que os marcheis. Y vosotros, acudid, socorred á ese infeliz.

TOM. (*al marcharse.*) Me despides teniendo la confianza del amo, á quien tu aborreces! Ah! Yo te juro!... (*vase. Los negros acuden en socorro de Benjamin. Le rocian en el rostro algunas gotas de agua, hasta hacerle volver en sí.*

ESCENA III.

Los mismos, escepto TOMÁS.

AMA. Qué tienes, Benjamin? Habla, por qué te ha tratado ese hombre con tanta dureza?

BEN. Ah! señora! yo trabajaba mucho... mucho... Luego, el sol quemaba.. Mi cabeza se ponia mala, y no podia trabajar... Queria descanso... Entonces, el señor Tomás no querer creerme... Ver que no trabajaba, y pegarme...

AMA. Ese hombre es muy cruel con vosotros; vamos, llevadle; hacedle que se acueste... Que venga un médico al momento. No tienes madre, Benjamin?

BEN. No señora! No haberla conocido! Me trajeron chiquito, en un barco!... El amo quererme mal, porque decir que yo ser flojo para el trabajo, y el Señor Tomás, castigarme mucho!

AMA. Pobre Benjamin! Pues bien, vé, desde hoy nada tienes que temer... Yo seré tu madre desde este momento. No trabajarás; te daré educacion, y puede que algun dia me seas útil.

BEN. Ah! señora! (*Se arrodilla y la besa la mano; ella le levanta.*)

AMA. Bien, basta! La recompensa de mis favores quiero verla en tu aplicacion, en tu adhesion hácia mí..

BEN. (*Muy contento.*) Oh! Qué ama tan buena! Ya sentirme mejor!

AMA. El amo llega!

BEN. (*Quejándose con exageracion.*) Ay!.. ay!..

ESCENA IV.

Dichos y ROQUE.

ROQ. Qué es esto? Así se abandona el trabajo? Qué haceis ahí?

AMA. No os incomodeis! Culpadme á mí, no á ellos...

ROQ. Pues qué ocurre? Ya sabeis, señora, que no gusto de holgazanes á mi lado!

AMA. Os he dicho que yo sola soy la culpable! Creí que esto bastaria para aplacar vuestro enojo!

ROQ. (*Reprimiéndose.*) Teneis razon, soy un atolondrado! Pero como esta gente es casi indómita, se necesita con ella de mucho rigor... Y bien, decidme la causa...

AMA. Vuestro capataz es muy cruel! Ha castigado con dureza al pobre Benjamin, que se halla enfermo... y á no venir yo...

ROQ. Si el castigo ha sido grande, no por eso habrá sido menor su culpa.

AMA. De cualquier modo, ya os he dicho repetidas veces, que el castigar del modo como aquí se acostumbra á nuestros semejantes, me horroriza. Harto desgraciados son estos infelices, en sufrir el infame sello, el tiránico yugo de la esclavitud.

ROQ. Señora! Ved que os escuchan.

AMA. Y qué importa? Cuando el corazon habla á la humanidad, todos deben escucharlo. Desde hoy acojo bajo mi proteccion á estos desgraciados, he pro-

metido á Benjamin ser su madre; creo que no me lo impediréis!...

Roq. Señora!...

Ama. (*Con superioridad.*) Creo que no me lo impediréis. Obedeced cuanto os he ordenado; (*a los esclavos.*) haced venir al médico; que se faciliten á Benjamin cuantos medios sean eficaces para su curacion. Yo cuidaré de lo demás. . . En cuanto á vuestro capataz, hacedle ser mas compasivo, ó me veré obligada á suplicaros, que os priveis de sus servicios.

Roq. (Esta mujer es de hierro!) Marchaos. (*A los esclavos que se llevan á Benjamin.*)

ESCENA V.

Roque y Amalia.

Roq. Haceis bien, señora! Delante de mis esclavos, de todo el mundo, no escusais nunca la ocasion de sonrojarme! Todos mis deseos, aun los mas frívolos, se ven contrariados por vos. Habeis comprendido el dominio que ejerceis sobre mi corazon, y os gozais en mortificarlo! Creeis de este modo hacerme desistir de mis propósitos! Estais en un error!.. Nunca, jamás lo conseguireis!...

Ama. Porque lo comprendo, no querais tambien privarme del inefable placer que esperimento, haciendo bien por mis semejantes.

Roq. Sea como querais. Y ya que hemos encontrado ocasion de reanudar un diálogo tantas veces interrumpido, hacedme al menos el favor de que esta vez se prolongue cuanto sea necesario.

Ama. Os concedo esa merced, en gracia á la que vos acabais de concederme, permitiendo adopte como hijo, á ese pobre esclavo. Ya comprendereis cuánta será la emocion que esperimentará mi pecho, al oir pronunciar el dulce nombre de madre; de madre, que vos me habeis impedido ser, que me lo impedís aun.

Roq. Señora, os he repetido diferentrs veces, que estais en un error, error del cual no me habeis permitido os saque, oponiéndoos á una esplicacion de los hechos que han ocurrido durante nuestra vida.

Ama. Direis mejor, despues de mi muerte.

Roq. Como querais!

Ama. Pues bien; hoy un presentimiento sobrenatural, las contínuas palpitaciones que agitan á mi corazon, me hacen prever que un gran acontecimiento se nos prepara. Esta noche he soñado cosas horribles! La sombra de un hombre, con aspecto amenazador, me pedia cuenta de mi proceder; una inocente niña se precipitaba sobre mi, interponiéndose á mi paso, y con voz temblorosa, pero robustecida por el imperio de la razon, por el despecho del aborrecimiento, me gritaba: «Tú eres mi madre! Pues »bien, madre, maldita seas!» Y el hombre entonces, me miraba y se ronreia, y en su ronrisa se descubria el sarcasmo del espeso desesperado, cuyo corazon he hecho pedazos, víctima de un cruel desengaño, de unos celos terribles, que me repudiaban de su lado. Yo queria abrazar á aquella niña; y «maldita seas, madre,» me repetia sin cesar. Y yo, convulsa, cadavérica, tambien sonreia y lloraba, como ahora sonrio y lloro; y al volver el rostro, huyendo de aquellos dos séres, me encontraba con el vuestro, con esa fria sonrisa, que á todas horas me repite: « es mi voluntad; mi voluntad es de hierro; mi vo- »luntad te aparta del cariño de tu hija, ó mia ó del »sepulcro!»

Roq. Y bien, Amalia, teneis razon; descorramos de una vez el tupido velo que cubre nuestra funesta historia. Que os amo con todo el frenesí de un cerebro enloquecido, no podeis ni por un momento dudarlo! Hace catorce años que os amo! Catorce años de una existencia efímera, sin esperanza! Catorce años de un suplicio horroroso, que me es imposible soportar por mas tiempo! Cuantos esfuerzos, cuantos medios han estado á mi alcance para aparecer á vuestros ojos menos feroz, menos odioso; para hacerme digno de un átomo siquiera de esperanza, ya que no de amor, todos han sido infructuosos. Siempre habeis contestado á mis amorosos halagos con la hiel de vuestro eterno desprecio; habeis intentado arrebataros la existencia, y solo un recuerdo para mi desconocido, os ha detenido en vuestra carrera de destruccion. Qué os he hecho para que seais tan ingrata?Qué, mísero de mí, para seros tan aborrecible?

Ama. Os lo he dicho, Roque; tengo en el mundo deberes sagrados que cumplir; tengo un esposo...

Roq. A quien aborreceis...

Ama. Pero que sin embargo, es digno de mi cariño! Tengo una hija!...

Roq. Señora, permitid que dude de vuestras palabras. Vos no amais á vuestro esposo! No quereis cumplir esos deberes que decís. Y en cuanto á vuestra hija... ya os he dicho, que una vez siendo vuestro marido, yo velaría por ella, hasta conseguir algun dia traerla á vuestro lado.

Ama. Ilusiones no mas! Roque, yo soy una mujer criminal en el hecho de no amar á mi esposo! Creeis que habia de consentir, despues de haber despedazado su corazon, hacer cenizas los ensueños dorados de un padre? Jamás!

Roq. Pues bien, señora, continuad acariciando tan dorados ensueños. Catorce años han pasado sin que sepais de ellos; y pasareis el resto de vuestra vida sin que esperimenteis el placer de abrazar á vuestra hija! Y no intenteis apartaros de mí, ni hacer investigaciones sobre tan queridos objetos, porque ya lo sabeis, donde quiera que marcheis, cualquier tentativa que hiciéreis en contra de mis deseos, sería víctima vuestra hija; vos misma seríais objeto de mi terrible venganza! Desde hoy todo cambia entre nosotros. Ya no seré el amante tierno, seducido por el atractivo de vuestros encantos; seré el tigre feroz, que viendo en vos su presa, se ceba, en ella, para destrozarla. No sereis, como hasta aquí, la dueña, la soberana de vuestros caprichos y de mis acciones; sereis considerada como la mas miserable, como la última de mis esclavas!

Ama. Lo veis, Roque? Me pedis un amor imposible! Las fieras no pueden ser amadas de los séres racionales.

Roq. Teneis razon! Soy una fiera, señora; pero vos sois la causa de ello!.. Porque los celos embrutecen el corazon del hombre, hasta reducirlo al miserable estado de ser irracional.

Ama. Los celos! (*ruido de tormenta lejano.*)

Roq. Sí, Amalia; ya no puedo ocultarlo por mas tiempo; vos no amais á vuestro esposo, ni estimais esos deberes, que tanto quereis hacer valer para conmigo. Vos no amais tampoco á vuestra hija, á quien quereis hacer servir de barrera contra mi desenfrenado amor. Mentira, y mil veces mentira! Una pasion escondida en vuestro seno...

Ama. Una pasion!..

Roq. Sí, el recuerdo de un hombre!..

Ama. Os engañais!..

Roq. Ya lo sé; es vuestro secreto! Pero vos ignorais que conozco á fondo ese secreto, que por eso estoy celoso, y que me convierto á veces en una fiera!...

Ama. Quién os ha dicho?...

Roq. Quién me lo ha dicho? Él, señora; él, que tambien os amaba con todo su corazon! Él, á quien no volvereis á ver, por cuyo amor habeis conservado la vida á mi lado, porque esperábais verle algun dia, encontrarle en vuestro camino! Ved si tengo razon en ser una fiera para con vos!...

Ama. Es que yo no os he dicho!.. Esplicaos!

Roq. Sí, ya es tiempo, porque nada puedo esperar de vos, y mi revelacion es mi venganza. Era una noche oscura, tormentosa, horrible; vos habitábais cual yo la morada de los muertos; vuestro lecho era una tumba! Un sepulcro! Habíais muerto para el mundo, para vuestro esposo, para vuestra hija... Un hombre.. Vuestro amante vino á arrebataros de los brazos de la muerte; entonces mi corazon se sintió impelido por un fuego jamás sentido, y mientras aquel hombre preparaba los medios de llevar á cabo vuestra fuga, mi cerebro enloquecido, miraba á favor de los rayos de una linterna, vuestra belleza; y entonces...

Ama. Acabad...

Roq. No pudiendo acallar los latidos de mi corazon, llevé la mano á mi pecho para comprimirle, y tropezé con el filo de un puñal!...

Ama. Y bien! (*con ansiedad.*)

Roq. Pues qué, no adivinais?... (*con calma.*)

Ama. Le heristeis!...

Roq. Sí, le maté. (*con aplomo.*)

Ama. Oh! (*Queda anonadada. Un momento de silencio. Roque con sonrisa convulsa, poco glacial, vuelve á reanudar el diálogo.*)

Roq. Acariciad vuestras esperanzas, señora! (*con decision desesperada.*) Perded de una vez la vuestra, ya que de una vez habeis destrozado la mia!

Ama. Dios mio! Dios mio!

Roq. Decidme que soy una fiera! Qué me importa? Tambien las fieras aman; tambien mueren de celos, como yo muero ahora!

Ama. (*con desesperacion.*) Pero vos, quién sois?... Decis que erais el soberano de aquellos lugares!... Que mi lecho era un sepulcro, que Enrique habia llegado para arrebatarme de los brazos de la muerte!... Entonces... (*como queriendo reconcentrar sus ideas para adivinar.*)

Roq. Aquello era un panteon, donde os habian enterrado viva!

Ama. Dios mio! Y vos, quién sois?

Roq. (*interrumpiéndola.*) Quién soy? Quereis saberlo? Aquel lugar era el Cementerio de San Nicolás, y yo, el encargado de dar sepultura á los muertos!

Ama. Ah! (*cubriéndose el rostro horrorizada.*)

Roq. Ahora comprendereis lo que podeis esperar de mí! Ya adivinareis de lo que soy capaz, y á cuanto estoy resuelto, convencido de una vez, de que yo nunca he de obtener vuestro cariño! (*se oye lejano un cañonazo.*) Ese ruido! (*sale Tomás.*)

ESCENA VI.

Los mismos y Tomás.

Roq. Qué significa ese cañonazo?

Tom. Un buque acaba de estrellarse contra las rocas que dan entrada al puerto! La tripulacion pide auxilio!

Roq. Y bien?

Tom. Apenas se advirtió el peligro, los marineros del bergantin Amalia, y los de los demás buques anclados en la bahía, han lanzado sus botes al agua, y corren á dar auxilio á los náufragos.

Roq. Bien, Tomás; aparentemos para con el mundo que sabemos ejercer la caridad. Haz que todos los esclavos se pongan en movimiento, y que se preste todo género de auxilios á los náufragos que escapen del rigor de las olas. (*se oye tormenta fuerte.*)

Tom. La tormenta arrecia. Voy á cumplir vuestras órdenes. (*vase.*)

ESCENA VII.

Roque *y* Amalia.

Roq. (Ejerzamos por última vez en mi vida, un acto de caridad!) Espero, señora, que por hoy todo permanezca en esta casa como por espacio de catorce años. Un dia teneis de plazo para resolveros; meditad con calma, á fin de que podais fijar vuestro destino.

Ama. Pero!..

Roq. Un dia solamente! Pasadas veinte y cuatro horas, vendré á saber lo que habeis resuelto. O mia para siempre, ó la última de mis esclavas! Gente llega... serenaos... Ya lo sabeis; solo veinte y cuatro horas! (*vase.*)

(Aparecen por el foro Tomás; Enrique colocado en una silla, que conducen dos esclavos; muy descompuesto su rostro y sus vestidos, y la cabeza reclinada sobre su pecho, de modo que casi no pueda ser reconocido. Benjamin á su lado. Otros marineros náufragos apoyados sobre los hombros de algunos esclavos. Cuadro.)

ESCENA VIII.

Amalia, Tomás, Benjamin, Enrique, *Esclavos negros, Marineros.*

Tom. Señora, cumpliendo las órdenes del amo, he hecho conducir á esta casa, los pocos náufragos que han podido salvarse. Este parece ser uno de los gefes del buque, á juzgar por sus vestidos. (*por Enrique.*) Exánime, y próximo á perecer, ha sido socorrido por ese esclavo, (*señalando á Benjamin.*) que, viendo el inminente peligro en que se encontraba, con un arrojo á toda prueba, se lanzó al mar, y luchando con el furor de las olas, pudo arrancarlo de los brazos de la muerte, no sin grave riesgo de perecer en su obstinado empeño!

Ama. (*con marcada sorpresa y alegria.*) Cómo! Benjamin! Tu has sido?...

Ben. Oh! no señora. Dios! Ha sido Dios!

Ama. Pero estabas enfermo! Cómo abandonaste el lecho?

Ben. Oh!... yo me sentia malo... muy malo! Pero oir un cañonazo, y enterarme que un buque se perdia... Darme lástima de los pobresitos marineros, y no poderme contener... Salté de la cama, listo, muy listo... Corrí á la playa, y ví el peligro que corria la tripulacion... Los botes que habian salido en su socorro... gente cobarde, muy cobarde... no querer llegar al lugar del naufragio. Yo... mucho miedo, es verdad... pero buen corazon, eso sí... Me arrojé al mar, y nadando... nadando... cojer por la ropa á uno que estaba casi muerto... y nadando, nadando, venir con él á la orilla...

Ama. Bien, Benjamin! Ese rasgo te enaltece á mis ojos. Nunca olvidaré que has sabido esponer tu vida,

por salvar la de uno de tus semejantes. Anda, cuida de tu salud, que se habrá quebrantado doblemente!

BEN. Oh! no señora! yo estar contento, muy contento! Ya estar bueno...

AMA. Sí, pero estás calado!...

BEN. Es verdad! Mucho frio!...

AMA. Y vosotros, (*á los esclavos.*) conducid á ese desgraciado á una de las habitaciones interiores; los demás pueden alojarse en vuestras cabañas. Así lo ha dispuesto vuestro amo. (*vanse los negros y los marineros.*)

ESCENA IX.

TOMÁS, AMALIA, ENRIQUE, BENJAMIN *y dos negros.*

TOM. (*acercándose á Enrique.*) Si apenas dá señales de vida!

AMA. Cómo! Qué decís? Acaso habrá sucumbido?...

(Se acerca para inspeccionar á Enrique; lo reconoce, y dá un paso atras aterrada, dando un grito reconcentrado, porque al mismo tiempo repara en Tomás; luego trata de aparecer natural á los ojos de todos. Benjamin se apercibe de la turbacion de Amalia, y disimuladamente se aproxima mucho á ella tirándole de la falda del trage, como advirtiéndola de un peligro.)

AMA. Ah! (Es él! Enrique!...)

BEN. (Señora!) (*á Amalia.*)

AMA. (Silencio!) (*á Benjamin.*) Bien, Tomás; haced que se le trate con la mayor consideracion; que se llame al médico de la ciudad, y que se le prodiguen, tanto á este como á los demás infelices, los mayores cuidados. (*conducen á Enrique por la segunda puerta de la izquierda, y á los marineros por el foro izquierda. Al ir á marcharse Benjamin por el foro, Amalia le detiene.*) Tú, Benjamin, no te separes de ese hombre; vela por él como si fuera por mí!...

BEN. (Pero, señora?..) (*besándole la mano y como interrogándola.*)

AMA. (Ni una palabra más, silencio!) Tú, Antonio, (*á otro esclavo.*) corre, haz por alcanzar á tu amo, no debe hallarse lejos de aquí; dile que necesito hablarle al momento. (*vanse todos.*)

ESCENA X.

AMALIA *sola.*

Dios mio! Será ilusion? No, es él! Es Enrique! Oh! El infierno lo arroja otra vez en mi camino! Luego cuanto ese hombre me ha dicho, ha sido una grosera mentira? Oh! si le vé, si le reconoce, todo está perdido; le espera la muerte! Es necesario salvarle; es necesario de una vez salir de la difícil situacion en que me encuentro! Cómo conseguirlo!.. No hay otro remedio!... Dándole esperanzas! Haciéndole conducirme á España!... Una vez allí, veremos... Si... Dios mio! Dadme valor para no venderme en la lucha mortal que voy á emprender! Aquí está!

ESCENA XI.

AMALIA *y* ROQUE.

ROQ. Han dicho que queriais hablarme...

AMA. Roque, hace un momento me disteis veinte y cuatro horas para fijar mi porvenir?...

ROQ. Es cierto!

AMA. Pues bien, estoy resuelta á concluir con una situacion, que ya se me hace insoportable.

ROQ. Hablad.

AMA. Me habeis dado á escojer uno de dos caminos, ó ser vuestra esposa...

ROQ. O la última de mis esclavas; y vos habreis resuelto optar por lo segundo...

AMA. Al contrario; estoy decidida á lo primero!

ROQ. Qué decís!

AMA. Seré vuestra esposa.

ROQ. No acierto á comprender!... Amalia, repetídmelo... no abuseis de mi frenesí!.. decidme que no es un sueño!..

AMA. No es sino la realidad!... Pero á mi vez debo imponeros condiciones...

ROQ. Hablad; todos vuestros caprichos serán satisfechos!

AMA. Me habeis asegurado que Enrique murió.

ROQ. A mis manos... (*con placer.*)

AMA. Pero nada me habeis dicho acerca de la existencia de mi esposo, de mi hija!..

ROQ. Es que nada sé...

AMA. Pues bien, es forzoso averiguarlo.

ROQ. Con qué objeto?

AMA. Cuando me podais asegurar de una manera evidente, que mi esposo ha muerto; que mi hija, si existe, puede venir á mi lado, entonces, y solo entonces, seré vuestra esposa!

ROQ. Señora!

AMA. Ved como ha de ser!...

ROQ. Pero...

AMA. Ni una palabra más; la certeza de la muerte de mi esposo...

ROQ. (*acariciando una idea.*) La certeza de..; Bien, señora, acepto vuestras condiciones!

AMA. Obrad ahora á vuestro antojo!

ROQ. (*meditando.*) (El amante fué muerto á mis manos! Qué importa un crímen mas?) Oidme. Es preciso partir á España!

AMA. Partiremos!...

ROQ. Pero ya sabeis que no podemos darnos á conocer á nadie... Sobre todo, vos...

AMA. Os lo prometo!

ROQ. Aun cuando fuéseis requerida por los Tribunales?

AMA. Os lo juro.

ROQ. Por la vida de vuestra hija?

AMA. Por la vida de mi hija.

ROQ. Ya sabeis, señora, de cuanto soy capaz. Un paso imprudente acarrearía la muerte de ese ser, que tanto amais!

AMA. Aceptado!

ROQ. Sereis mi esposa, señora. (*vase precipitadamente.*)

AMA. Te salvaré, Enrique, te salvaré!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior. Han desaparecido los cajones y herramientas. Aparecen Roque y Tomás en actitud de continuar un diálogo.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE *y* TOMÁS.

ROQ. Ya lo sabes, Tomás; mañana, despues de nuestra partida, se presentarán los nuevos poseedores de la hacienda, á quienes por inventario harás entrega de ella; de la fábrica, de todo. A un mes de plazo harás cobro de la cantidad en que se ha hecho

la enagenacion; realizarás los demás bienes que tengo en este pais, bajo las condiciones y precios que te he señalado, y todo el importe, en letras corrientes sobre Lóndres, me lo remitirás por conducto seguro, al punto que te tengo designado. Dejo recompensados tus servicios, si bien me queda el sentimiento de tener que separarme, acaso para siempre, de uno de mis mas leales servidores.

Tom. Señor, bien sabeis con la solicitud que he procurado hacerme acreedor á la confianza conque tan ciegamente me honrais. Bien sabeis con cuanta alegría partiria con vos; pero, pobre de mí! que haría separándome de este país, que me dió el ser, donde tengo mi familia, los pocos bienes que he podido adquirir á fuerza de privaciones y de trabajos?

Roq. Sea como quieras, Tomás; bien sabe Dios lo que te aprecio, y lo agradecido que te vivo!

Tom. Pero, señor; esta marcha tan repentina, en poco dias proyectada... Habeis tenido necesidad de malbaratar cuanto poseíais para reducirlo á metálico! Permitidme si sospecho que algun grave acontecimiento os ha impulsado á semejante determinacion. Acaso alguna desgracia?..

Roq. Tienes razon, Tomás; no sé si una gran desgracia, pero si puedo asegurarte que el mas grave acontecimiento... Has puesto en conocimiento de esos marinos, que deben abandonar mañana mismo esta casa?

Tom. He dicho al Capitan, que variando de dueño, no os era lícito seguir facilitándoles la hospitalidad por mas tiempo. El capitan parece un hombre muy bueno, y tambien debe sufrir... En su delirio de estos dias, ha dejado escapar palabras entrecortadas...

Roq. El esceso de la calentura. En las dos veces que he penetrado en su habitacion, apenas he podido cambiar con él cuatro palabras... Cómo se encuentra?

Tom. Está mejor. Cuando le dí la noticia de que marchabais, me manifestó deseos de hablaros, para daros las gracias por los cuidados que se le han prodigado.

Roq. Amalia solamente es acreedora á su reconocimiento, y en cuyo obsequio he practicado esa obra de caridad.

Tom. (Cuánto la ama!)

Roq. A ella debe manifestar ese marino su agradecimiento.

ESCENA II.

Los mismos y Benjamin.

Ben. Mi señor! El Capitan Enrique pide permiso...

Roq. Dile que no soy yo quien debe recibirle; que es la señora; que puede, sin embargo, venir cuando guste. (*vase Benjamin.*) Tú, Tomás, avisa á la señora.

Tom. No podia llegar á mejor tiempo; aquí está.

ESCENA III.

Los mismos y Amalia.

Roq. Señora, daba órden de que os buscasen en este momento...

Ama. Puedo saber...

Roq. Ese marino, á quien con motivo de nuestra repentina partida, nos hemos visto en el caso de participar que no puede permanecer mas entre nosotros, manifiesta el mas vivo deseo por demostrarnos su reconocimiento. No siendo yo, sino vos, la persona interesada en su desgracia, sois pues, la que debe recibirle, y así lo he dispuesto.

Ama. (Dios mio! Si sospechará?...) Oh! no, de ningun modo; vos sois el dueño; sin vuestro beneplácito, nada hubiera podido hacer en favor suyo... Recibidlo, pues, y evitadme la molestia...

Roq. Por el contrario, señora; nada hay mas satisfactorio que escuchar el reconocimiento de aquella persona á quien hemos prodigado un beneficio. Despedidlo, pues, en tanto que yo preparo algunas cosas, que aun me restan que arreglar, para nuestra partida. Si no quereis estar sola, Tomás os acompañará.

Ama. No lo creo necesario!...

Tom. (Quiere evitar mi presencia.)

Roq. Como gusteis. Ven, Tomás. (*vanse.*)

ESCENA IV.

Amalia *sola.*

Solo faltaba este momento de prueba, para el complemento de mi martirio! Sospechará tal vez?... No, no puede ser; le ha visto en el lecho, y no lo ha reconocido!... Pero, cómo evitar su presencia, sin hacerme sospechosa á los ojos de Roque?... Y por otra parte, qué partido tomar? Cómo evadirme?... Enrique, cuyas miradas he podido esquivar hasta hoy, me reconocerá; me pedirá cuenta de mi conducta, en su concepto criminal; seria capaz de provocar á Roque, y esto contraria mis propósitos. No, me es indispensable ir á España; necesito averiguar el paradero de mi hija, y el estado del hombre, á quien sin merecerlo, he hecho desgraciado... Y si Roque descubriese que Enrique... Oh! todo lo temo de su ferocidad. Hagamos el último esfuerzo! Amo á Enrique, es cierto, pero antes que ese amor estan mis deberes de madre y esposa. Enrique podrá reconocerme; pero obstinada yo en negar que soy la mujer á quien él ama, dudará quizás, y no se opondrá á los planes que empiezo á realizar con mi partida. Siento pasos; él debe ser; disimulemos.

ESCENA V.

Amalia, Enrique *y* Benjamin.

Ben. Venga mi señor por aquí; mi ama lo espera...

(Enrique se adelanta para saludar á Amalia. La reconoce; vá á correr hácia ella; pero al ver su indiferencia retrocede estupefacto. En las palabras que prorumpe debe haber una transicion violenta, propia de la situacion.)

Enr. Amalia!... Ama... Señora!...

(Amalia le observa con la mayor impasibilidad, disimulando á veces, y otras descubriendo la emocion que esperimenta. Toda esta escena se recomienda al talento del actor y actriz que la representen.)

Enr. Decid, señora, que no es un sueño; que no es un fantasma lo que pasa á mi vista! Decidme que sois vos la mujer en cuyo encuentro corro hace catorce años! Decidme...

Ama. Caballero!... (*con sencilla admiracion.*)

Ben. (Ay! Yo querer enterarme de esto!)

Enr. Señora?.. Pero no puedo engañarme!.. Y vos tambien... vos me reconoceis; ó para desgracia mia, habeis olvidado por otro amor la abrasadora pasion á que doy rienda en este momento, para mí de terrible duda!... Ah! Responded, por piedad! No me asesineis, Amalia! Decidme que no sueño... Que sois... que eres tú... la mujer por quien he

vivido tantos años en la mas cruel desesperacion!

AMA. Caballero, tranquilizaos y esplicadme... Vuestras palabras me son incomprensibles... y me sorprenden sobremanera...

ENR. Qué, por ventura os atreverеis á negar?.. Dios mio! Me habré engañado? Será una ilusion de mi fantasía? Estaré loco?

AMA. La fiebre, que durante algunos dias ha dominado en vuestro cerebro, molesta hoy vuestra imaginacion, con algun recuerdo cruel de vuestro pasado! Yo no os conozco; es la primera vez que os veo, y habeis cometido la imprudencia de hablarme de un amor, que os pudiera comprometer, si hay quien tome por realidad vuestras palabras. (*con mucha intencion.*)

ENR. (*sin comprender.*) Señora, por piedad, acaso puede equivocarse el corazon? Oh! todo lo comprendo; habeis vendido el vuestro á otro hombre, y no quereis sonrojaros, confesando vuestro villano proceder. Pero mi pasion es superior á vuestra superchería, y sabrá arrancaros ante la faz del mundo la máscara conque en vano quereis cubriros. Vos sois Amalia, Marquesa de Villa Espino; conozco el secreto de vuestra pasada vida, y voy á publicarlo en desagravio de los infortunios que pesan sobre mí, desde la funesta noche en que fuí traidoramente herido por un asesino, en el Cementerio de San Nicolás!

AMA. Oh! (*no pudiendo disimular.*)

ENR. Parece que os estremeceis, señora!

AMA. (*reponiéndose.*) Caballere, estais faltando en este momento á un sagrado deber, al deber de la hospitalidad. Vuestro ciego error os enloquece; no puedo tolerar por mas tiempo vuestra locura, y voy á retirarme!

ENR. (Dios mio! Esa calma! La gravedad é indiferencia de sus palabras!...) Oh! teneis razon, señora, os pido perdon; en este momento dudo de mi inteligencia, cuando creo ver en vos la imágen de una mujer á quien amo, y sin la cual la vida me es insoportable. Oh! En vano quiero convencerme de que es una ilusion la semejanza de vuestro rostro, de vuestra voz, de vuestros mas tribiales movimientos; pero me es imposible! Tú, mi buen Benjamin, mi hermano cariñoso en el infortunio, habla, dime tambien que me equivoco, que es una pesadilla la que me agita en este momento; que deliro, que estoy loco!

BEN. Ji, ji, ji... (*conmovido, y sin poder articular palabra.*)

ENR. Lo veis, señora? Calla; se enternece; luego es una realidad!... Si asi os place, asesinadme, arrojadme de vuestro lado, despreciadme, pero no me negueis que sois la mujer á quien busco!

AMA. Caballero, ya os lo he dicho, y os lo reitero por última vez, que estais en un error! Escuso daros otras esplicaciones! Perdono vuestro imprudente presentimiento; vuestra criminal acusacion, y puesto que ya sabeis que teneis que alejaros de esta casa, por razones que no está á nuestro alcance evitar, hacedlo de una vez, sin dar lugar á que os haga despedir de otra manera.

ENR. Está bien, señora! Comprendo lo que esto significa! Partiré; agradezco la hospitalidad y los cuidados que debo á vuestra solicitud, como agradece el méndigo la mezquina limosna del potentado. Amalia, me habeis engañado! Sembré flores en vuestro corazon, y recojo punzantes espinas! Habeis hecho un juguete del hombre que os adoraba! Sed feliz. A Dios, señora! (*Enrique vá á marcharse, Amalia, despues de su esclamacion, vá á detenerlo.*)

AMA. (Dios mio! no puedo mas!) Enrique!

(Enrique vá á retroceder, pero al hacerlo, Roque y Tomás sin apercibirse de nada aparecen en la puerta del fondo. Al aviso de Benjamin, Amalia vuelve á su actitud anterior y Enrique se detiene y permanece inmóvil.

BEN. (Señora, el amo!)

AMA. (*haciéndose escuchar de Roque.*) El cielo os guarde, caballero! (*Roque baja á la escena: saluda á Enrique; este fija una mirada en él, y lo reconoce; ahoga un grito, pero se reprime y disimula.*)

ENR. (Este hombre! Sí, él es, el sepulturero!...)

ESCENA VI.

Los mismos, ROQUE *y* TOMÁS.

AMA. (*con marcada intencion, para hacer comprender a Enrique que debe disimular, y disimulando á la vez.*) Habeis llegado, amigo mio, en el momento mas apropósito, para satisfacer los deseos de este caballero. Se obstina en no querer marchar, sin tener el gusto de saludaros, y ved que la casualidad le ha proporcionado tan feliz ocasion.

ENR. Sí, en efecto; suplicaba á la señora!... (*reprimiéndose.*)

ROQ. (*como recordando, y con sorpresa.*) (Esa voz!)

TOM. (Este hombre se turba!... Amalia tambien!... Aquí ocurre algo de particular!)

ROQ. (Es imposible!) En efecto; ocupaciones perentorias, me han impedido... Mi mayor satisfaccion consiste en prodigar un beneficio; pero lejos de mi la idea de anhelar el agradecimiento...

ENR. Jamás podré olvidar...

ROQ. Por otra parte, nada me debeis. La señora es, quien tanto á vos, como á los tripulantes de vuestro buque, ha hecho se les prodiguen cuantos cuidados han estado á nuestro alcance...

ENR. Agradezco doblemente tan tierna solicitud, y me felicito de haber encontrado en este pais, en medio de mi desgracia, séres que con tanto desprendimiento como cariño han sabido dulcificarla. Feliz yo, si algun dia puedo demostraros de cuánto soy capaz, para haceros esperimentar las emociones que en este momento siente mi corazon! (*con intencion.*)

ROQ. No se hable mas de eso. Y bien señora! todo se halla dispuesto para nuestro viaje, y el buque que ha de conducirnos, se dará á la vela al amanecer del nuevo dia. Habeis arreglado?...

AMA. Todo.

ROQ. Teneis elegidos los criados que han de serviros durante nuestro viaje?

AMA. Creo haberos indicado, que solo deseo me acompañe Benjamin, á quien he prometido servir de madre.

ROQ. Está bien; la noche avanza, y debemos retirarnos á descansar. En cuanto á vos, caballero, aun podeis disponer de esta casa. Ese buen servidor queda en ella unos dias. (*por Tomás.*) Ahora permitidme... (*salúdanse y vase Roque, Amalia y Tomás diciendo al partir.*)

AMA. (Dios mio! He clavado un dardo en su corazon!)

TOM. (Yo sabré cuanto aquí pasa!)

ESCENA VII

ENRIQUE *y* BENJAMIN.

ENR. (*viendo partir á Amalia.*) Catorce años de su-

frimiento, para encontrarla en brazos de otro hombre! (*dice esto con la mayor amargura. De repente y acometido de una idea súbita, toma de una mano á Benjamin y lo arrastra hácia el proscenio.*) Benjamin, Ven acá.

BEN. Mi señor!

ENR. Quieres mucho á tu ama?

BEN. Es mi madre...

ENR. Si la vieses espuesta á una terrible desgracia, qué harias?

BEN. Morir por ella.

ENR. Pues bien, lo está; es decir, yo no sé á punto fijo si lo está, pero debo presumir que algo notable le ocurre, y debo salvarla!

BEN. No comprender!....

ENR. Tu ama quiere mucho á ese hombre?

BEN. Al señor Roque?

ENR. Sí.

BEN. Yo creer que no. Es malo, muy malo... hacerla llorar mucho, mucho... Yo haberla oido...

ENR. Cuanto dices me convence, de que obedece á un impulso sobrenatural! Pues bien, Benjamin; ahora mas que nunca, me confirmo en la idea, de que tu ama es presa de una terrible desgracia, y es preciso que la salvemos de ella. Estás dispuesto á ayudarme?

BEN. Cómo lo está un hijo por salvar á su madre!

ENR. Ya lo has oido; al amanecer vais á partir!

BEN. Sí, mi señor!

ENR. Es necesario que yo tambien vaya con vosotros!

BEN. Cómo!

ENR. Escucha. Tú, segun he visto, tienes libertad para salir y entrar cuando quieres.

BEN. Es cierto!

ENR. Pues bien; á pretesto de que me acompañas para buscar nuevo alojamiento, es necesario que me conduzcas á bordo del buque en que vais á embarcaros mañana. (*Tomás aparece en el foro; atraviesa la escena sin ser visto y se oculta en la segunda puerta izquierda.*)

BEN. Pero....

ENR. Quieres decir que cómo partiré? Ya sabes que soy marino; hablaré al capitan del buque, y le pediré plaza en la tripulacion. A bordo, jamás me presentaré á vista de ese Roque, para evitar que me conozca, pero velaremes por la seguridad de Amalia. Estás dispuesto?

BEN. Sí, señorito.

ENR. Pues vamos; no perdamos un instante.

BEN. Vamos!

ENR. (Oh! Amalia! Todo lo comprendo! Ese hombre ha violentado tu voluntad, y el miedo te hace seguirle. Juro, pues, arrancarte de sus brazos!) Vamos! (*salen precipitadamente por el foro, y aparece Tomás que los vé marcharse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Habitacion de una casa de mezquina apariencia. Puerta y ventana al foro; laterales á derecha é izquierda. Muebles modestos. Aparecen el Marqués con un libro en la mano, sentado junto á un velador; al otro lado Elisa haciendo labor. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS *y* ELISA.

ELI. Veis todavía, padre mio?

MAR. No mucho.

ELI. Quereis que os traiga luz?

MAR. No, hija mia.

ELI. Es... que yo... tampoco veo bien.

MAR. Tanto mejor; así descansarás algunos momentos de tu tarea.

ELI. Eso es verdad, pero...

MAR. Pero, qué?

ELI. Que ya sabeis que esta labor es una cosa muy urgente... Debo entregarla mañana á primera hora, y todavía me falta mucho para terminarla.

MAR. Pobre Elisa! Cuánto te afanas trabajando, en tanto que yo paso los dias sin hacer nada!...

ELI. Oh! no digais eso! Sin hacer nada? Vos trabajais tambien. Mientras yo me ocupo en mi costura, vos os ocupais en leerme esos libros tan instructivos, y sin yo abandonar el trabajo, vais formando mi educacion. Y además, para qué quereis trabajar? No estais acostumbrado á hacerlo, y eso aminoraria vuestra vida... vuestra vida, que tan preciosa y necesaria es para mí! Ya veis, sola en el mundo, sin las tiernas caricias de una madre, qué seria de mí sin vuestro cariño? Pero aun hay otra razon mas atendible. Con lo poco que nos resta de vuestra antigua fortuna, y lo que nos produce mi costura, vivimos los dos modestamente; no tenemos apuros y así nunca os apartais de mi lado. Luego, si al fin ganáseis ese antiguo pleito que sosteneis con vuestros parientes, vuestro título y vuestras rentas volverian á haceros rico, y entonces nada nos haria falta!

MAR. (*con marcado dolor.*) Que nada nos haria falta!

ELI. (*con dolor y recordando.*) Teneis razon! Siempre nos faltaria el cariño de mi madre! Pobre madre mia! Y no haberla conocido! Pero vos me habeis dicho muchas veces, que teneis esperanza de volverla á ver! Por cierto que es un misterio para mí cuanto me decís respecto de mi madre! Unas veces asegurais que ha muerto! otras... Por qué no quereis revelarme ese secreto? Ya veis... cuando niña siempre me deciais... Eres muy jóven para poder comprender!.. Pero ahora, es otra cosa; tengo diez y siete años!

MAR. No hija mia; vive ignorando tan triste historia si en medio de nuestra miseria quieres vivir feliz.

ELI. Ayer, sin embargo, os encontré mas animado que de costumbre...

MAR. Sí, en efecto; un rayo de esperanza me hizo derramar algunas lágrimas de alegría...

ELI. Pero hoy...

MAR. Hoy esa esperanza, se convierte en una angustiosa impaciencia, en una mortal duda!

ELI. No os comprendo!

MAR. Ayer el padre Miguel, nuestro protector, nuestro único amigo, me infundió tanta confianza, que...

ELI. Y hoy, aun no le habeis visto...

MAR. Esa tardanza me hace creer que todo fué una ilusion, forjada por los ímpetus de su buen deseo. Oh! Es imposible! Despues de catorce años...

ELI. Pero, padre mio, no me habeis dicho que mi madre fué sepultada en el cementerio de San Nicolás?

MAR. Sí.

ELI. Entonces... cómo esperais?...

MAR. Ese es mi secreto, hija mia.... No quieras penetrar en él; derramarias dolorosas lágrimas.

ELI. Pues bien; tranquilizaos. Ya vereis cómo el padre Miguel os trae buenas noticias. Voy á continuar mi tarea; ya he descansado bastante. Os traeré una luz, porque quiero que me sigais leyendo ese libro tan bonito... (*vase.*)

ESCENA II.

El MARQUÉS *solo.*

Oh! no es posible! Despues de catorce añ s! Sin una noticia... Sin saber nada! Y sin embargo, en todo ese tiempo... un siniestro presentimiento... (*llaman á la puerta del foro. Luisa aparece por la segunda puerta izquierda con luz, que coloca sobre el velador.*)

ESCENA III.

El MARQUÉS, LUISA, *El* PADRE MIGUEL.

ELI. Llamaron?

MAR. Si; tal vez sea el Padre Miguel. (*vá á levantarse para abrir.*)

ELI. No os movais; yo misma saldré á recibirle. (*vá al foro; abre la puerta y aparece el Padre Miguel.*) Entrad, entrad pronto. Ya no os esperábamos, y teníais á mi padre muy disgustado. No quereis que os bese la mano?

MIG. Si, hija mia. Qué buena eres!

ELI. Buena! Si, no dice mi padre lo mismo. Siempre me está regañando, porque dice trabajo mucho, y que á mi edad eso no es conveniente. Como si el trabajar para ayudar á su padre, fuera malo!

MIG. Pobre ángel mio! Tu padre tiene razon á veces, pero tampoco mereces que te regañe por eso. Vamos; y vos, nada me preguntais? Os encuentro esta noche tan cabiloso...

MAR. Ah!

MIG. Vamos, cobrad ánimo. Elisa, déjanos solos; tenemos que hablar por unos momentos.

ELI. Y no quereis que yo me entere?

MIG. Curiosa!

ELI. Si, curiosa!

MIG. Vamos, anda.

ELI. Bien, ya me voy. Os veo contento, y no quiero retardar á mi padre alguna buena noticia que le vendreis á dar. (Qué ganas me entran de saber!) (*vase.*)

ESCENA IV.

El MARQUÉS *y El* PADRE MIGUEL.

MAR. Y bien, padre mio?

MIG. Calma, Eduardo; Dios parece que al fin se apiada de nosotros.

MAR. (*con ansiedad.*) Habeis averiguado algo? Habeis visto á Enrique?

MIG. Sí.

MAR. Y sabe?..

MIG. Escuchadme. Ya os dije, que ayer, yendo para mi parroquia, por una calle escusada, habia querido como reconocer á Enrique que, fijo en una esquina, no separaba su vista de una de las casas principales de aquella calle. Hoy, al efecto, pasé varias veces por el mismo sitio, pero sin resultado alguno. Casi desesperado y sin esperanza, me marché á mi parroquia, donde al llegar, me advirtieron que un sujeto me aguardaba, y solicitaba hablarme con mucho empeño. Apresuréme á recibirle...

MAR. Y era él?

MIG. Figuraos cuál sería mi sorpresa y alegría! Era él, que con lágrimas entremezcladas de sentimiento y de placer, con voz trémula, impulsada por una agitacion febril, casi sin poder articular una palabra, queriendo espresar muchas de una vez, y sin poder decir nada, pronunció algunas frases?...

MAR. Y esas frases?...

MIG. «Amalia, vive.»

MAR. Dios mio! Vive! Y acaso él!.. Oh! Cuán desgraciado soy!...

MIG. Tranquilizaos, Eduardo; Enrique siempre fué vuestro mejor amigo.

MAR. Y sin embargo, amaba á Amalia, y me la ha arrebatado!

MIG. Sois injusto con él, amigo mio!

MAR. Hablad por favor!

MIG. Enrique no os arrebató á vuestra mujer. La misma noche que desapareció del Cementerio de San Nicolás, bien lo sabeis, á Enrique se le encontró herido gravemente á la entrada del Campo Santo, los tribunales entendieron de ambos accidentes, y nada pudo descubrirse; solo se supo, que el encargado del Cementerio habia desaparecido, y que el panteon de Amalia estaba desierto.

MAR. Sí, pero, Enrique curó de su herida, y desde entonces no ha vuelto á saberse de él.

MIG. Para presentarse hoy á vuestros ojos, con el sello de la verdadera amistad!

MAR. Qué decís?

MIG. Enrique, en su larga carrera de marino, víctima de un horroroso naufragio, encontró una morada hospitalaria en el Puerto de San Salvador. En aquella morada se encontraba vuestra mujer.

MAR. Y ella?...

MIG. Ella se ha negado á reconocerle.

MAR. Entonces...

MIG. Amalia es desgraciada!

MAR. No os comprendo; acaso en poder de otro hombre?...

MIG. Sí, Eduardo, en poder de otro hombre!

MAR. Dios mio!

MIG. En poder del sepulturero de San Nicolás.

MAR. Horror! (*se tapa la cara con ambas manos.*)

MIG. Pero no os aflijais; la justicia divina alcanza hasta el imposible, y con su ayuda, Amalia reconocerá sus sagrados deberes, y la arrancaremos de los brazos de un miserable asesino, para darle una madre á vuestra hija.

MAR. Os forjais quimeras! Amalia, decís no ha querido reconocer á Enrique? Luego Amalia ha olvidado todos sus deberes. Además... á tan larga distancia!... Y quién nos asegura, que todo eso no sera una farsa, inventada por Enrique, para poder permanecer en Madrid, donde le llamen asuntos de interés, sustrayéndose de ese modo á mi venganza?

MIG. Eduardo, os dejais arrastrar, instigado por vuestros celos, de pensamientos innobles! Os he asegurado que Enrique no ha faltado á los sagrados deberes de la amistad, y al asegurarlo yo, debiais creerme.

MAR. Pero entonces, como esplicar?

Mig. Fuerza es confesároslo todo. Amalia, en la actualidad, no esta en la América...

Mar. Pues dónde?

Mig. Cerca de nosotros! En Madrid!

Mar. Cómo! Qué decís?

Mig. Es un misterio que no se esplica, pero que hace creer, que cuando Amalia no teme acercarse á nosotros, lejos de ser culpable, es una víctima desgraciada.

Mar. Qué no es culpable!

Mig. No, Eduardo; reflexionad. Amalia no ha querido reconocer á Enrique; pero al ver que Enrique se hallaba cerca de ella, y se iba á descubrir su paradero, ha podido conseguir, no sabemos por qué medio, su vuelta á España. Eso me prueba, que en su deseo de entregarse á nosotros, algun ardid ha inventado, para burlar al hombre que sin duda la tiraniza. Enrique, además, ha podido averiguar, que Amalia no es feliz, y supone, como yo, que obedece á una fuerza sobrenatural, que coharta su voluntad de una manera que no puede combatir ni vencer.

Mar. Pero el hombre que vive con ella la habrá seguido...

Mig. Sí; Enrique tambien.

Mar. Y cómo?

Mig. Disfrazado de marinero, y sustrayéndose, durante el viaje, á sus miradas. Con este ardid ha conseguido venir en el mismo buque; han desembarcado en Cádiz, y desde allí no los ha perdido de vista, hasta llegar á Madrid, hace dos dias. No encontrando quien le diese noticias de vos, ha averiguado mi paradero, con el fin de anunciaros cuanto pasa y convenceros de la injusticia conque siempre le habeis calificado.

Mar. Oh! sí, sí, teneis razon; no puede ser de otro modo. Pero, Dios mio! Amalia aquí, cerca de nosotros! Es preciso apresurarnos, no desperdiciar un momento; es necesario arrancarla cuanto antes de los brazos de ese hombre; sea criminal ó inocente, es indispensable que mi hija recobre á su madre! Venid, vamos pronto.

Mig. Teneos, Eduardo, y reflexionad. Creeis que sea conveniente vuestra repentina presencia en aquella casa? No; yo creo, por el contrario que esto podria hacer fracasar nuestros proyectos. Yo iré mañana, y con el carácter de que estoy revestido, sin hacerme sospechoso, esploraré... Ahora bien; habeis calumniado á vuestro mejor amigo, y debeis reparar esa falta.

Mar. Decís bien! Pero, cómo? Enrique, á quien tanto he agraviado, me aborrecerá; nunca podrá perdonar al hombre que no supo agradecerle un favor, que acaso era entonces la salvacion de su vida, (*Enrique ha aparecido en la puerta del foro; al oir las últimas palabras del Marqués, se adelanta hácia el, tendiéndole los brazos.*)

ESCENA V.

Los mismos, Enrique.

Enr. Te engañas, Eduardo, Enrique te tiende sus brazos, y bendice á Dios, porque le proporciona este momento de felicidad!

Mar. Amigo mio! (*corriendo hácia él y abrazándole.*)

Mig. Hijos mios, Dios bendiga vuestra santa amistad! Ella sea precursora de la felicidad que tanto necesitais!

Mar. Enrique, perdona á un padre, las ofensas que te ha inferido!

Enr. Yo, que he sido la verdadera causa de tu desgracia, soy el que debe disculparse ante tus ojos. Yo amaba á Amalia, Eduardo; pero siempre respeté á la mujer de mi mejor amigo; así, pronto huiré de vosotros, luego que consiga dejaros entregados en brazos de la felicidad.

Mar. Generoso amigo! De la felicidad! Ya no es posible para mí!

Mig. Para el hombre no hay nada imposible con la ayuda de Dios.

Enr. (*examinando la habitacion.*) Segun veo, yaces en el estado de pobreza?

Mar. La desgracia no se cansa de perseguirme!...

Mig. Ahora no es ocasion de hablar de eso. Meditemos nuestro plan de mañana, y entre tanto, Eduardo, descansad; vuestros amigos velan por vos.

Mar. Cuánto os debo! (*estrechando las manos de Enrique.*)

Mig. Venid, Enrique.

Mar. Deteneos; dejad al menos, que haga partícipe á mi hija de la dicha que esperimento. (*Elisa aparece por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Dichos y Elisa.

Eli. No es necesario que me llameis; todo lo he oido, y estoy tan contenta!...

Mar. Cómo! Has oido?

Eli. Padre mio, perdonadme si he sido curiosa! Sabia se trataba de mi madre, y tenia tantos deseos de saber...

Mar. Hija mia, este caballero (*por Enrique.*) es mi mejor amigo; á él debemos...

Enr. Nada, señorita; una amistad á toda prueba!

Eli. Mirad que yo quiero me llevcis á ver á mi madre!

Mig. Aun no es tiempo, Elisa; sabe que tu madre vive, está cerca de nosotros, y que con la ayuda del cielo, te la devolveremos.

Eli. Ay! Qué contenta estoy! (*abraza á su padre.*)

Enr. A Dios, Eduardo; descansa estos breves momentos, y ten calma hasta mañana.

Mar. A Dios, Enrique.

Mig. A Dios, hijos mios.

Eli. Dejad, os alumbraré. La noche está muy oscura... No me quereis dar la mano? (*al Padre Miguel.*)

Mig. Picarilla! (*dándole á besar la mano. Elisa toma la luz de la mesa y les alumbra.*)

ESCENA VII.

El Marqués, *y* Elisa.

Eli. Qué contenta estoy! Qué felices vamos á ser!

Mar. Elisa, no te lisongee una esperanza, cuya realizacion no es tan fácil como te imaginas.

Eli. Pues qué, no existe mi madre? No la voy á ver?

Mar. Ya lo has oido; tu madre vive, y sin embargo, durante catorce años, nada ha hecho por abrazar á su hija.

Eli. Teneis razon! Pero no desconfiemos! Puede ninguna madre negarse á reconocer á su hija?

Mar. Quién sabe!

Eli. Entonces, padre mio, no quiero verla nunca! Tendria que maldecirla, y los hijos no deben maldecir á sus padres!

Mar. No aventuremos nuestros juicios. Esperemos á mañana.

Eli. No sé lo que tengo; á pesar de mi confianza en el porvenir, siento un malestar... Será acaso la emocion que acabo de esperimentar?

Mar. Vamos, tranquilízate; vé á tu cuarto, y esperemos resignados un dia mas.

Eli. Es que yo... no podré dormir.

Mar. No importa; es tarde, y debemos estar preparados para los acontecimientos que han de sobrevenir. A Dios, hija mia. (*vá á marcharse despues de besarla.*)

Eli. No os vayais tan pronto. Hay que cerrar la puerta, y tengo miedo! (*toma la luz y vá á cerrar.*) Ya veis, la noche está muy oscura, y empieza á llover con violencia! (*cierra la puerta con barra.*) Ya está. Dejad, os alumbraré. (*le acompaña hasta la primera puerta izquierda.*) En vuestro cuarto teneis luz. (*entra el Marqués.*) Ahora, yo al mio.

(Elisa se oculta por la primera puerta derecha, llevándose la luz. Oscuridad completa. Una larga pausa. Déjase oir durante ella tormenta lejana. Pasado un momento, uno de los cristales de la ventana del foro, cae á pedazos; por el hueco que descubre, asoma la mano de un hombre, que coje la falleva de la puerta de cristales, y la abre; por la ventana aparece Roque, que trae una linterna sorda, á cuya luz reconoce la escena. Convencido de que no hay nadie, oculta la luz, y coloca la linterna junto á la puerta del foro, de la cual descuelga la barra, dejándola abierta; cierra con cuidado la ventana; despues con el mayor sigilo vuelve á escuchar por todos lados.)

ESCENA VIII.

Roque, *solo.*

Nadie! La casa está en silencio! Todos se han recogido! Esta es la habitacion donde duerme el Marques! (*señalando á la izquierda.*) Aquella la de su hija, (*por la de la derecha.*) Acabemos de una vez!

(Saca del pecho un puñal, y penetra en la habitacion del Marqués. Benjamin aparece en la ventana, abre del mismo modo que Roque; toma la linterna, y entra; reconoce como aquel, poniendo el oido para escuchar, hasta convencerse de que Roque ha entrado en la habitacion del Marqués.)

ESCENA IX.

Benjamin, *solo.*

Oh! Por aquí haber entrado! Yo esconderme aquí...

(Se oculta por la segunda puerta izquierda. A poco aparece Roque, trayendo en la mano el puñal ensangrentado. Su rostro estará demudado, y sus vestidos descompuestos, como el hombre que acaba de sostener una horrible lucha.)

ESCENA X

Roque, *y* Benjamin, *oculto.*

Roq. Amalia es mia! Ahora... su hija!

(Atraviesa la escena con paso incierto, hasta tropezar con la primera puerta derecha, por donde entra. Desde este momento, y durante toda la escena, Benjamin fijo su oido, observa cuanto hace Roque. Este vuelve á aparecer, trayendo á Elisa maniatada, y sujeta su boca con un pañuelo. Atraviesa la escena, y vase con ella por el foro. Al pasar á favor de la luz de la linterna, Benjamin, los reconoce. Roque se apercibe de la luz, y se precipita para huir.

Roq. Ah! esa luz!.. Huyamos! (*despues que se ha marchado sale Benjamin.*)

ESCENA XI.

Benjamin, *solo.*

Uy! Qué miedo! Yo tener mucho miedo de ese hombre! (*entra por la primera puerta izquierda y vuelve á salir muy asustado.*) Ay! ay! Haber muerto al otro, y llevarse á la señorita! Oh! yo seguirle á todas partes, para que no se escape! Picado! Picado! Mas que picado! (*vase precipitadamente por el foro.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Salon elegantemente adornado. Puertas laterales y al foro. Es de noche. Sobre un velador, un candelabro con luces y algunas cartas.

ESCENA PRIMERA.

Roque, *entrando por el foro; llega á la primera puerta izquierda, y observa por ella.*

Todo en silencio! Nadie se apercibió de mi salida! Terrible noche. (*pausa.*) Ya es casi el amanecer, y Amalia duerme tranquilamente. Esperemos el dia, y hoy mismo partiremos de Madrid... (*reparando en las cartas.*) Estas cartas!... Esta... reconozco su letra, es de Tomás! Llega á buen tiempo; me remitirá letras sobre Londrés, como se lo encargué... Realizados todos mis bienes, ya nada me resta para que Amalia sea mia... Su hija está en mi poder... su marido no existe; luego ningun obstáculo... Veamos! (*abre una de las cartas.*) Nada! Qué es esto? (*empieza á leer para sí con ansiedad, y á las primeras lin as se detiene admirado.*) Oh! no! Me habré engañado! Veamos. (*lee con marcada agitacion y voz balbuciente, hasta terminar la carta.*) «Yo te odiaba, Roque; te habias hecho superior á mí; me habias humillado por acceder á los caprichos de una mujer, y juré vengarme. He sabido quién eres; tu orígen, la procedencia de tus riquezas, de esa mujer que te acompaña... Cuando me confiaste tu fortuna, encontré la ocasion de realizar mi venganza, y proyecté robarte; al conocer tu historia, me confirmé en mi propósito. No soy, sin embargo, un ladron; soy un instrumento del cielo, que empieza de este modo el castigo de tus maldades. Cuando recibas la presente, habré huido con todo tu caudal, y nunca, te lo aseguro, podrás averiguar mi paradero; mas si algun dia nos encontramos en nuestro camino, tiembla! Réstame decirte, para acibarar tus tormentos, que el amante de Amalia, aquel á quien robaste, á quien creiste muerto, vive, y va siguiendo tus pasos; Amalia lo sabe; ha hablado con él; y en ese país, á donde corres en busca de la ventura, solo encontrarás la muerte.—Tomás.» Pero, Dios mio! Es esto verdad? Conque es decir que estoy arruinado! Y que esa mujer me ha vendido! Oh! no importa! Amalia será mia! Su hija está en mi poder, y la vida de su hija me responde del triunfo! Pero si me descubren!... Ese hombre que sigue mis pasos!... Los documentos que me acompañan, y que he adquirido á fuerza de oro, demuestran de una manera evidente que Amalia no es la Marquesa de Villa-Espino, sino mi esposa! Debo ante todo asegurarme de Amalia... Su confesion me perderia... Benjamin! (*llamando al foro.*)

ESCENA II.

Roque *y* Benjamin.

Roq. Cómo! Tan temprano, y ya estás levantado?

BEN. Es...

ROQ. Bien, entra en la habitacion de tu señorita, y dila que la espero al momento.

BEN. (Qué cara de Judas tiene!)

ROQ. Qué aguardas?

BEN. Voy, señor, voy! (Pícado! pícado! pícado!) (*vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

ROQUE, *solo.*

ROQ. Amalia, no tengo duda, lo sacrificará todo por su hija! Pero, esta carta!... Será cierto que Tomás?... Oh! Aun conservo algunos fondos en mi poder, y un buen crédito en aquel pais para restaurar mi fortuna!... Ella es! Apuremos hasta el último recurso.

ESCENA IV.

Dicho, AMALIA *y* BENJAMIN.

ROQ. (*á Benjamin.*) Retírate, y cuida de que ningun criado, ninguna persona, penetre en esta habitacion sin mi permiso.

BEN. (Pícado! picado! picado! Yo desde la puerta escucharlo todo!) (*ha amanecido; Benjamin se marcha por el foro, llevándose el candelabro que está sobre el velador; Roque cierra todas las puertas.*)

ESCENA V.

ROQUE *y* AMALIA.

ROQ. Os hago venir tan de mañana, porque me es indispensable despejar la terrible situacion en que nos encontramos...

AMA. No os comprendo...

ROQ. Hace tres dias, que estamos en Madrid; y sabeis, señora, quién ha sido la causa de que emprendamos este viaje? No creo tener que recordaros las circunstancias que lo han motivado.

AMA. Yo!..

ROQ. Vos, señora; vos, la que hace mucho tiempo, habeis hecho de mí un juguete!

AMA. Si no os esplicais...

ROQ. Voy á esplicarme. Fascinado por la devoradora pasion, que en mal hora me habeis hecho alimentar, conseguísteis que en un momento de risueña esperanza, me dejára arrastrar por vuestros deseos, abandonando un pais, donde vivia, sino afortunado, tranquilo al menos. Una palabra... mas que una palabra, el juramento que me hicisteis de ser mia, tan luego como os encontráseis viuda, y en posesion de vuestra hija, me decidió á emprender ese arriesgado viaje, sin comprender que era víctima del mas cruel engaño. No os altereis, señora; es necesario que lo confeseis de una vez, que arranqueis la máscara que os cubre; vos me habeis engañado!

AMA. Qué decís? Hablais de engaño!

ROQ. No podeis negarme, señora, que obrais en todo de acuerdo con un hombre, que es mi mas mortal enemigo; que no ha de perdonar medio para perderme, para acusarme, para arrancaros de mi poder!

AMA. Os juro...

ROQ. En vano son vuestros juramentos! Ese hombre, me consta, ha seguido nuestros pasos, y se halla cerca de nosotros.

AMA. Roque, os juro que ignoro...

ROQ. No mintais, Amalia. Tomad; leed esa carta. (*le muestra la que antes ha leido; Amalia lee rápidamente, manifestando sorpresa.*) Qué decís ahora?

AMA. Dios mio!

ROQ. Sostendreis que lo ignorábais? Pues bien, señora; nada me importa vuestra negativa, como nada me importan vuestros planes. Todas mis medidas están bien tomadas. Todo lo aguardo de ese hombre... nada, sin embargo, puede perderme, como no sea una confesion por parte vuestra; dadla, os desafio á que lo intenteis! Correis en pos de una hija; cuanto intentais es por lograr su posesion...

AMA. Oh! si; por ella todo lo sacrifico! Sabeis su paradero?... Vive?... Oh! por favor, hablad!

ROQ. Vive.

AMA. Gracias, Dios mio, gracias!

ROQ. Vive, pero no la vereis; la tengo en mi poder, en lugar seguro, y á la menor imprudencia vuestra que me comprometa, temed por su vida.

AMA. Callad, me horrorizais!... Es que yo quiero verla! Vos no me podeis privar de ese placer!

ROQ. Amalia, ya sabeis á qué precio!

AMA. Sois implacable! Pues bien; haced de mí cuanto querais, pero dadme á mi hija! Ahora que sé que vive, no puedo contener los impulsos de mi corazon. Roque, por piedad, dadme á mi hija! Es cuanto amo en el mundo; dádmela, y no hagais, por caridad, que me vuelva loca!

ROQ. Ya os he dicho de qué manera!...

AMA. Está bien, nada me arredra... pero temed la cólera de una madre! Acudiré á los tribunales en su demanda y auxilio; denunciaré vuestros crímenes; diré que me habeis arrebatado á mi hija...

ROQ. Y los tribunales os tendrán por loca!

AMA. No, Roque, me escucharán, porque la verdad tiene una fuerza imposible de combatir. Me oirán, y os condenarán!

ROQ. En tanto que vuestra hija morirá en un encierro?...

AMA. (*fuera de sí.*) No morirá, no; diré que sois un asesino!

ROQ. No griteis, señora; pudieran oiros...

AMA. Eso quiero yo; que me oigan, que vengan en mi auxilio.

ROQ. Recordad, que vuestra hija se encuentra en mi poder!

AMA. Y qué me importa?

ROQ. Amalia, silencio. Oigo ruido... Callaos, por favor... Quién? Es Benjamin! Qué ocurre? (*viéndole llegar precipitadamente.*)

ESCENA VI.

Dichos y BENJAMIN.

BEN. Ah, mi señor! La casa estar cercada por mucha gente! Muchos soldados!

AMA. Lo veis? Vienen á salvarme!

ROQ. Benjamin, haz que entre todo el mundo! (*vase Benjamin.*) Ya lo veis, ha llegado el momento decisivo. Ahora teneis ocasion de denunciarme! Pero, por última vez os lo advierto! Vuestra hija esta en mi poder; á una señal mia...

AMA. Callad, hombre sin corazon!

ROQ. Mi prision es un motivo bastante, para que los encargados de su custodia, acaben con su vida!

AMA. Es que yo no quiero que mateis á mi hija!

ROQ. Sed mia, y os la entrego. Sobre todo, silencio; una sola palabra que me comprometa...

AMA. Está bien; seré vuestra; callaré... Todo por ella... todo por la vida de mi hija!...

ROQ. Silencio! Ya están aquí! Ay de ella si cometeis la menor imprudencia!

ESCENA VII.

Los mismos, *El* PADRE MIGUEL, *El* CORREGIDOR *y Alguaciles que quedan en el foro.*

COR. Perdonad, caballero, la hora importuna en que hemos venido...

ROQ. Decid á quien tengo el honor...

COR. Acaban de denunciarme un crimen horrible, que se ha perpetrado esta noche!

ROQ. Un crimen! (*con estrañeza.*)

COR. Tendreis noticias tal vez...

ROQ. No tengo el honor de saber cuál es la autoridad que me dirige la palabra, y el por qué se me interroga.

COR. Contestad á mis preguntas. Soy el Corregidor de Madrid.

ROQ. Está bien; interrogad.

COR. En la pasada noche, en su casa, en su mismo lecho, ha sido asesinado el Marqués de Villa-Espino.

AMA. (Oh!)

COR. Conocíais al Marqués?

ROQ. Hace solo tres dias que resido en Madrid con mi esposa; aun no he tenido tiempo de conocer á nadie. No pertenezco á este país; aquí teneis mis documentos. (*entregàndole algunos papeles que el Corregidor examina.*)

COR. En efecto; por estos papeles se demuestra que sois vecino del pueblo de San Salvador, en la República de Guatemala; que vuestra esposa se llama Amalia Martinez. Sois vos? (*á Amalia.*)

AMA. (*queriéndose dominar.*) Yo... soy...

COR. Sin embargo; pesa sobre vos una acusacion... una denuncia...

ROQ. Una denuncia! Como á nadie conozco en este país, no creo ni aun tener enemigos que satisfagan una venganza, valiéndose de una falsa delacion.

COR. La denuncia se halla hecha por personas respetables!

ROQ. Y se me acusa?...

COR. De ser el autor de la muerte del Marqués... De haber arrebatado á su hija...

AMA. (Cielos, será verdad!...)

COR. Qué respondeis?

ROQ. Que es una impostura, y que ya comprendereis que el autor de esa falsa delacion, debe ser castigado. Decidme quién es, porque la mancha que se trata de echar sobre mi reputacion!...

COR. Aun hay más. Se os acusa tambien de un atentado cometido en la persona de D. Enrique del Robledo, en la noche del 14 de Enero de 1802; de haber huido, robando al don Enrique la suma de quinientos mil reales, llevandoos á la legítima esposa del Marqués de Villa-Espino, á quien se habia creido muerta, y dado sepultura en el cementerio de San Nicolás.

ROQ. Estoy admirado, y me sorprende cuanto acabo de oir, señor Corregidor! Ya os he manifestado los documentos que acreditan mi personalidad; todo cuanto basta á demostrar la vil calumnia que contra mi se inventa, no sé con qué objeto.

COR. Habeis dicho que esa señora?...

ROQ. Esta señora... es mi esposa.

COR. (*al Padre Miguel.*) Vos, que conocíais á la Marquesa decid...

MIG. (*suplicándole.*) Amalia!

ROQ. No temais, responded.

AMA. Yo?... no... os conozco!...

MIG. Cómo! Qué decís? No me reconoceis? Recordad señora; yo soy el sacerdote en quien depositábais todos vuestros secretos; al que acudísteis en demanda de absolucion en los momentos en que os creísteis en peligro de muerte!

ROQ. Habla, Amalia, desvanece ese error! No debeis estrañar su timidez, señor Corregidor. La acusacion es tan horrorosa, que ambos estamos consternados.

COR. Hablad, señora.

AMA. Repito... que yo no conozco...

MIG. (*solemnemente.*) Amalia! La voz del cielo, es la que en estos momentos os demanda la verdad. No os obstineis en una negativa, que os condena á los ojos de Dios. Considerad que teneis una hija; que sobre los hijos recaen siempre los crímenes de los padres. Nada temais; la ley os protegerá si decís la verdad.—Callais? Oh! Dios mio! Por qué permitis que el crímen continúe envuelto con el terrible manto del misterio?

COR. Veo, en efecto, que vuestras sospechas eran infundadas; ellas han sido atendidas, en razon á vuestra dignidad, y debemos suplicar á este caballero, nos dispense la ligereza conque hemos procedido.

MIG. Dios mio! Dios mio!

ROQ. Yo estimo, señor Corregidor, la satisfaccion que acabais de darme, y perdono á ese anciano su acalorada acusacion, hija mas bien de un exagerado celo, por el descubrimiento de esos crímenes, y por los lazos que pueden unirle con las víctimas. Ya lo veis; todo este aparato de fuerza, se ha reducido á una mera sospecha. Ahora, señor Corregidor, me permitireis que mi esposa se retire, la agitacion que esperimenta, es hija de su natural sorpresa, y el estado de una señora no es susceptible de una emocion tan violenta, como la que acaba de esperimentar. (*va á conducir á Amalia y el Padre Miguel se interpone.*)

MIG. Señora, deteneos. Señor Corregidor; ante Dios y ante los hombres, juro que esta mujer es la Marquesa de Villa-Espino! Yo cargo con la responsabilidad de esa acusacion, y si no fuese bastante mi testimonio, invocaré el de otra persona, dispuesta á justificar con datos irrecusables, la veracidad de mis palabras.

COR. Otra persona!

MIG. Sí.

ROQ. Pues bien, á vos, á todo el mundo desafío!

MIG. Los tribunales decidirán!

ROQ. Pero no es bastante para llevarme ante los Tribunales una grosera calumnia! Quién es esa persona que, acusándome como me acusais vos, oculta el rostro? Qué venga, si se atreve; que venga para confundirla! (*Enrique aparece de pronto en la puerta del foro.*)

ESCENA VIII.

Los mismos y ENRIQUE.

ENR. Yo, señor Corregidor, yo soy esa persona!

AMA. (Enrique!)

ROQ. (Infierno! No haberle conocido!)

MIG. Ved su turbacion! Dudareis aún?

Roq. Y bien! Qué teneis que alegar en contra mia? A qué venís?

Enr. Vengo á deciros, que sois el Sepulturero del Cementerio de San Nicolás; el asesino del marqués de Villa-Espino, y el raptor de la marquesa y de su hija.

Roq. Caballero; me insultais!

Enr. No os insulto; os acuso de vuestros crímenes. Atended, señor Corregidor; oidme todos. Era una noche oscura; un hombre, con el corazon desgarrado por el dolor, llegó al Cementerio de San Nicolás, á derramar lágrimas de consuelo sobre el sepulcro de la mujer que amaba. Sobornando al sepulturero, consiguió levantar la losa mortuoria, para contemplar el rostro de aquel que todos creian un cadáver; á la luz de la linterna, descubrimos el carmin que coloreaba las mejillas de aquella mujer; el amante soborna de nuevo al sepulturero; parte á Madrid, coloca en su cartera cuanto dinero posee, y cuando vuelve al Cementerio, una mano de hierro asesta un golpe mortal sobre su corazon. Catorce años trascurrieron, señor Corregidor! A los catorce años, un naufrágio lleva al desventurado amante á las costas de San Salvador; le socorren, le hospedan en una casa, y ya repuesto del accidente que le ocasionára el naufrágio encuentra en ella á la mujer que buscaba; la cual, aterrada sin duda por las amenazas del miserable asesino que la subyuga en su poder, no quiso reconocerle; pero él, anhelando su venganza, siguió sus pasos, para obtener este momento, y deciros: señor Corregidor: yo soy el hombre que persigue al criminal; delante de vos teneis á Amalia, á la Marquesa de Villa-Espino; y ese hombre, que veis ahí, confundido bajo el peso de mi acusacion, es el ladron, el raptor, el asesino, el sepulturero del Cementerio de San Nicolás.

Ama. (*cayendo desmayada sobre el sofá.*) Ah! yo no puedo mas! (*todos, menos Roque, acuden á socorrer á Amalia.*)

ESCENA IX.

Los mismos, Benjamin *con* Elisa.

Ben. Aquí está! Yo... yo la traer... miradla.

Eli. Mi madre! Donde está mi madre!

Enr. (*conduciendo á Elisa.*) Vedla; esa es, Elisa.

Eli. Madre, madre mia! (*abraza y besa á Amalia.*)

Ama. (*volviendo en sí á las caricias de Elisa.*) Quién es?... Ah! mi hija! Hija de mi corazon! (*nuevas caricias de Elisa á Amalia, quien abraza y besa á su hija.*)

Eli. Madre mia, ya soy feliz, ya os tengo á mi lado!

Roq. (Todo se ha perdido!)

Ben. Yo enterarme de todo; seguir los pasos de ese hombre malo; verle matar al pobre viejo, y luego apoderarse de la señorita, llevándola en brazos hasta dejarla escondida en una casa; entonces correr, avisar á los serenos, y marchar con ellos á dar parte á la justicia, declararlo todo.—Ese, ese es el hombre malo! Uy! que cara de condenado pone! Picado!

Roq. Infame!

Ben. Oh! ahora no tenerte miedo! No poder pegarme! Estar aquí la justicia! Picado! picado! picado! (*le hace gestos y muecas.*)

Ama. Señor Corregidor, yo soy la Marquesa de Villa-Espino; las amenazas de ese infame, han hecho que oculte mi nombre, con el objeto de poder descubrir el paradero de mi hija, y reunirme con mi esposo, así que tuve conocimiento del abismo que me rodeaba; á pesar de sus insultos y amenazas, he conservado mi honra, libre de toda mancha. Ninguna parte he tenido en sus crímenes; y ahora que tengo entre mis brazos al objeto de mi cariño, yo soy la que acuso á ese hombre públicamente.

Cor. (*á Roque.*) Luego sois el asesino del Marqués?

Ben. Y tambien el que ha tenido escondida á la señorita!

Roq. Infame! (*quiere arrojarse sobre Benjamin y los alguaciles le detienen y sujetan.*)

Ben. Atarle fuerte, con un cordel al pescuezo! Picado!

Cor. (*á los alguaciles.*) Conducidle á la cárcel. (*los alguaciles se apoderan de Roque, y se lo llevan á pesar de la resistencia que hace.*)

Roq. (El cielo se ha desencadenado sobre mí!) (*vanse.*)

Ama. Qué hermosa eres, hija mia, y cuán feliz me considero á tu lado!

Enr. Aun hay quien sufre, Amalia!

Ama. Caballero, mi esposo ha sido asesinado anoche; respetad mi dolor!

Eli. Infeliz padre mio!

Enr. Teneis razon, señora; perdonad si os he ofendido!

Ama. Esperemos á que luzcan para nosotros dias mas felices; dejad que guarde el luto del hombre cuya desgracia ha causado nuestro amor, pero cuya honra hemos sabido respetar.

Mig. Y Dios, hijos mios, bendecirá vuestra abnegacion y vuestros sacrificios, premiándolos tanto, como premia siempre á los buenos, y á los que de corazon se arrepienten de sus culpas!

FIN DEL DRAMA.

Obras dramáticas del mismo autor.

	ACTOS.		
Rigaletto ó el bufon de la Córte de Mántua...........	5	actos y un pról...	prosa.
Travesuras de amor............	2	»	»... . verso.
La Carcojada (paródia)...........	1	»	».... p.
Los siete Niñas de Ecija..........	5	»	».....v.
Juan Palomo (segunda parte de la anterior)........:.........	5	»	» ...v.
Del crimen á la virtud (tercera parte).........	1	»	».... v.
De pretendiente á Ministro........	3	»	».. ..v.
Los gitanos de la Caba...........	1	»	».....v.
Los grandes infames.	4	»	» ....p.
El triunfo de la Marina Española..	2	»	».....v.
El Sepulturero del Cementerio de S. Nicolás...................	4	»	pról...p.
Juan el perdio (segunda parte).. .	1	»	».....v.

PINTO:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, S.
1866.